

A close-up portrait of a man with light skin, blue eyes, and a short beard. He is looking slightly to the right of the camera. The background is dark and out of focus.

**YO
NO
SOY
ÉL**

Mirian G. Blanco

**YO NO
SOY ÉL**

Mirian G. Blanco

Título: Yo no soy él
© 2018, Mirian G. Blanco

©De los textos: Mirian G. Blanco
Ilustración de portada: Mirian G. Blanco

Todos los derechos reservados

SINOPSIS

Sara Wood lleva años escapando de su «pesadilla». Sin dinero, sin recursos y sin saber dónde refugiarse, ella decide volver al pueblo donde nació.

Pero lo que menos esperaba era descubrir que la casa de su abuela maternal fue vendida a Jason Scott, un hombre de un metro noventa de estatura, anchas espaldas y con unos ojos azules que le recordaban a los de su hermanastro, Derek Brown.

Sara no quiere encontrarse con Derek para evitar darle explicaciones de por qué se había largado del pueblo hace años. Nadie sabía nada sobre su pasado, y así debía seguir siendo.

¿Pero qué sucederá cuando ella tenga que convivir con Jason? ¿Será capaz de dejar de pensar en Derek y en sus penetrantes ojos azules?

«Yo no soy él».

**Gracias a todos los que me leéis.
Sin vosotros esto no hubiera sido posible.
Sois geniales.**

1.

Podía sentir cómo los nervios me manipulaban. Aún seguía aferrada al volante con ambas manos, sin dejar de observar la casa de madera que estaba frente a mí.

La fachada seguía igual: las ventanas llenas de pequeñas macetas, las mismas cortinas viejas y descoloridas que hace nueve años eran de color morado, las escaleras del porche recubiertas por una capa de verdín y el tejado lleno de palomas.

Aquella casa albergaba un sinfín de buenas anécdotas, pero también de malos recuerdos que me habían causado pesadillas durante largos años. Malos recuerdos que deseaba borrar de mi mente para siempre.

Respiré hondo y conté lentamente antes de abrir la puerta. En cuanto puse un pie fuera del coche, sentí el cosquilleo de la hierba en mis tobillos. Salí del auto y puse la mano sobre la frente para protegerme del sol.

¡Era un día caluroso de verano!

Caminé despacio hacia a la parte trasera del auto para que no se me clavaran los tacones de las sandalias en la tierra. Abrí el maletero y miré dentro las dos maletas que estaban llenas de ropa. Agarré el asa y tiré de ella con fuerza, pero todo esfuerzo me resultó inútil.

Bueno, al menos lo había intentado.

Sentí un pinchazo en la espalda que hizo inclinarme hacia adelante para reprimir el dolor. Me senté en el borde del maletero y suspiré con resignación.

No era una enclenque, más bien era regordeta y llena de curvas. Pero, aun así, no tenía la suficiente fuerza para levantar una simple maleta.

¡Lo sé, patético!

De repente, escuché unos ladridos a lo lejos. Fruncí el ceño preguntándome de quién era la mascota, ya que los pocos vecinos que había en la montaña vivían a casi un kilómetro de la finca.

—Mierda... —murmuré cuando los ladridos se escucharon más cercanos —. ¡Ah!

Grité y, en reacción, subí las piernas al borde del maletero para abrazar mis rodillas.

Era un perro de tamaño mediano, con un pelaje moteado, que no dejó de mover la cola ni un segundo. Sacó la lengua y comenzó a jadear sin retirar su mirada de mi cara.

¡Era un dálmata precioso!

Suspiré aliviada cuando me di cuenta de que el cachorro no quería morderme, sino olisquearme. Sonreí cuando le rasqué detrás de las orejas y él me respondió con lametones.

—¡Zeus! —gritó una voz masculina que no reconocí.

Cuando traté de incorporarme, un hombre apareció frente a mí como salido de la nada. Medía más de un metro noventa, de complexiones fuertes, piel bronceada y rasgos muy marcados. Su cabello era azabache, ligeramente despeinado.

Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca. Aquel hombre llevaba una camisa de leñador abierta y un vaquero de tiro bajo... muy bajo. Las perlas de sudor corrían por su torso musculado, hasta llegar a sus oblicuos perfectamente marcados. No pude evitar preguntarme si aquel sujeto llevaba ropa interior.

«¡Dios mío, Sara, relájate!», pensé para mí misma.

Alcé la vista para conectar nuestras miradas. Sus ojos, azules como el cielo, se me hicieron bastante familiares. Y, la verdad, él parecía igual de sorprendido como yo.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —me preguntó con tono acerado.

Yo carraspeé antes de hablar:

—Perdona, pero eso debería preguntarlo yo —añadí reuniendo fuerzas

para erguirme en mi metro sesenta y cinco.

Él enarcó una ceja y se cruzó de brazos a la espera de una explicación, exudando rabia por cada poro.

Me sentí intimidada por su mirada, y eso... ¡eso no me gustaba nada!

—Soy Sara, la nieta de Angie Wood —dije, extendiéndole mi mano para romper la tensión que acababa de formarse entre nosotros.

Él me estrechó la mano con fuerza, y sentí un estremecimiento cuando me repasó con la mirada.

Ahora, había un brillo especial en sus ojos.

— Sara Moore —aclaró él con una expresión distinta en el rostro.

Tragué saliva con dificultad cuando me di cuenta de que nuestras manos seguían entrelazadas. Rápidamente separé la mía, rompiendo el contacto.

Mi corazón empezó a palpar con mayor fuerza. Aquel apellido me producía náuseas.

¡Me asqueaba!

No quería tener ningún tipo de vínculo con mis padres. Ni siquiera sabía quién era mi padre biológico.

¡Mi apellido era Wood, como el de mi abuela!

—¿Quién eres tú? —le pregunté, ahora cruzándome de brazos y alzando la barbilla en un gesto que esperaba que fuera retador.

—Tu peor pesadilla.

Algo en mi interior vibró cuando él esbozó una sonrisa ladina. Sentí cómo el miedo y la excitación se apoderaron de mí.

¡Una mezcla de sentimientos bastante peligrosa!

Lo fulminé con la mirada sin dejar de apretar los puños a ambos lados de mi cuerpo. Apostaría que mi expresión auguraba sangre y, a punto de recriminarlo, el perro se irguió sobre las dos patas traseras para apoyarse sobre mi pecho.

—¡Ah! —grité cuando caí dentro del maletero.

—Buen chico, Zeus. Muy buen chico... —murmuró él, mientras una sonrisa pícarona cruzaba su rostro.

Me apoyé sobre los antebrazos y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

¡El vestido se me había subido hasta la cintura y estaba enseñando mis braguitas de color rosa!

—Joder... —mascullé, tratando de levantarme y al mismo tiempo cubriéndome la ropa interior con la tela del vestido—. Me da igual quién seas, ¡lárgate de mi propiedad!

Me sorprendió que él estallara en carcajadas. Era evidente que se estaba burlando de mí.

—Creo que no lo entiendes, Sara —dijo, y su voz ronca me hizo erizar hasta el último vello de la nuca—. La intrusa aquí eres tú. La casa de tu abuela ya no te pertenece.

Yo abrí los ojos como platos y Zeus ladeó la cabeza. La situación parecía risible, pero a mí no me hacía ni puñetera gracia.

—¿No me pertenece? —pregunté, sin estar segura de querer conocer la respuesta—. ¿Cómo que no me pertenece? Mi abuela, que en paz descansa, murió hace diez años. La casa está abandonada.

Él volvió a sonreír y, de nuevo, el hormigueo en mi interior apareció.

—Estaba, señorita Moore, hasta que la única hija de Angie Wood la puso en venta—me corrigió y yo no pude reprimir la impaciencia.

Sentí cómo la cólera se abría paso en mi interior.

¿Por qué mi madre vendió la casa?

Ah, cierto... ¡por el maldito dinero!

—¿Quién coño eres? —le pregunté, alzando la voz.

—Soy el dueño actual de esta propiedad —dijo, y esperó unos segundos antes de volver a hablar—. Mi nombre es Jason Scott.

Fruncí el ceño con fuerza. No conocía a ningún vecino con ese apellido.

Lo escruté de arriba abajo sin dejar de pensar.

«Tal vez es un agente inmobiliario».

—Deja de hacer suposiciones absurdas, señorita Moore —comentó él, como si me hubiera leído la mente—. Llevo viviendo en este pueblo desde el año pasado.

—¡Deja de llamarme así! ¡Soy Sara Wood! —chillé, casi perdiendo la compostura.

Él me observó con curiosidad y su rostro se puso adusto.

—Te doy cinco minutos para largarte de aquí. Cuando vuelva, soltaré a Diablo —dijo y yo lo miré confusa—. Es un perro enorme y si preguntas por qué le he puesto ese nombre, puedes quedarte y averiguarlo por ti misma.

Yo tragué saliva con fuerza mientras observaba de reojo a Zeus, quien no se había separado de mí ni un segundo.

Abrí la boca cuando Jason giró sobre sus talones para alejarse de allí.

—¡Espera! —exclamé, y él me observó por encima del hombro—. Por favor...

Aquellas dos palabras mágicas hicieron que él volviera hacia mí.

—¿Sucede algo ahora, Sara? —inquirió con deje sarcástico en la voz.

Avergonzada, bajé la vista al suelo. Tenía los dedos de los pies manchados de tierra y los moví con nervios. Mordí el interior de mi mejilla para evitar ponerme a llorar, mientras apretaba los puños a ambos lados de mi cuerpo.

No tenía a dónde ir. Mi último recurso era la casa de mi abuela.

—Te quedan cuatro minutos —dijo y, automáticamente, alcé la vista para encararlo.

Pude ver una expresión de confusión en sus ojos cuando mis facciones se tensaron y el calor golpeó en mis mejillas.

—Alquílame la casa —dije súbitamente, sin pensar.

El rostro de Jason se desencajó por la sorpresa.

Tragué saliva esperando a que él volviera a estallar en carcajadas, pero eso no sucedió.

—¿Quieres alquilar esta casa? —volvió a preguntar, probablemente para

cerciorarse de lo que había oído.

Yo asentí tímidamente con la cabeza sin dejar de escrutarlo fijamente.

—Hay una pensión en el pueblo. No creo que sea de tu agrado, pero no te encontrarás con arañas ni serpientes —me dijo, y yo rodé los ojos.

¡Él no me conocía de nada para juzgarme de esa manera!

Me había criado en esta casa, junto a mi querida abuela, y sabía muy bien a la clase de bichos que me enfrentaría.

¡Incluido los «bichos de dos patas»!

—Ahora mismo no tengo dinero para permitirme una pensión —confesé y él enarcó una ceja. Yo sacudí las manos con un gesto de impaciencia—. ¡Pero te pagaré! Encontraré un trabajo en el pueblo o, si tú lo prefieres, te ayudaré en lo que necesites —dije, observándolo tímidamente.

Me estaba humillando a mí misma, pero era necesario. No podía volver a la ciudad, ni a mi anterior trabajo.

¡Necesitaba un refugio para ocultarme, y la casa de mi abuela era el idóneo lugar!

—¡No, por favor! —grité cuando Jason me aprisionó contra el coche.

Él me observó con una mezcla de rabia, curiosidad y lástima, pero de repente, sus ojos se apagaron.

—¿Crees que soy idiota? —me preguntó, apretando aún más su cuerpo contra el mío.

Pude sentir su corazón golpeando mi pecho con sus latidos.

Yo reprimí un gemido. Si su intención era asustarme, el resultado fue todo lo contrario.

¡Lo que Jason consiguió, muy a mi pesar, fue excitarme!

—Debiste haber pensado en una mentira más creíble y no venir aquí en un coche de última gama, ni vestida con ropa de marca.

—Te lo regalo —dije con voz temblorosa y luego exclamé—. ¡Todo, te lo regalo todo!

Jason se me acercó y me susurró al oído:

—¿Incluido las braguitas rosas que llevas puestas?

Sentí arder las mejillas y noté algo que me llenó de indignación.

—Eres un gilipollas —dije, pero mi voz tembló.

—Lo estás haciendo genial, Sara. Sigue así y en vez de abrirte las puertas de mi casa, abriré el granero para soltar a Diablo.

Clavé la vista en su mirada. Aunque luchara por contener las lágrimas, el mentón me temblaba de una manera incontrolable.

Jason relajó las facciones de su cara cuando me observó con los ojos llenos de lágrimas.

—El coche no tiene suficiente gasolina y es lo único que tengo ahora mismo. No tengo dinero, ni adónde ir. Sé que no te importan mis problemas, ¡y lo entiendo! —exclamé, al tiempo que ponía una mano en su pecho para separarlo de mí. Tenerlo tan cerca hacía que mi cordura enloqueciera—. Pero necesito tu ayuda —confesé, y su cuerpo se tensó—. Sé que no me conoces de nada, pero te prometo que me largaré tan pronto pueda. Trabajaré en lo que necesites o buscaré un empleo de camarera en el bar de Jerry... si es que aún existe.

—Sí —dijo él, y yo abrí los ojos como platos.

«¿En serio?».

Había sido demasiado fácil convencerlo.

—Muchas gracias, Jason. De verdad, no sé cómo agradecerte que...

—No —aclaró él, negando con la cabeza y logrando confundirme más de lo que ya estaba.

—¿No? —pregunté con voz incrédula.

—No, no te alquilaré la casa. Y sí, el bar de Jerry aún existe.

Un terrible miedo invadió mi cuerpo. No sabía qué hacer. Estaba sola y sin dinero. Había vendido todas mis pertenencias para llenar el depósito del coche y comprar comida cada vez que paraba en una estación de servicio. Había hecho más de mil kilómetros de distancia para llegar aquí.

Dejé que las lágrimas salieran mientras el pánico paralizaba mis cinco sentidos. Necesitaba escapar de la pesadilla que me llevaba atormentando

desde hace nueve años. Una pesadilla que había decidido perseguirme otra vez, con la intención de no dejarme escapar.

De repente, Jason me apartó de su lado con delicadeza, se acercó al maletero y sacó las dos pesadas maletas con demasiada facilidad.

Me sequé las lágrimas con las mangas del vestido y lo observé con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, temerosa por descubrir que, al final, él se quedaría con mis pertenencias.

—Llevar tus cosas a mi casa. No creo que puedas arreglártelas tú sola, Sara. No sé qué cojones llevas aquí dentro, pero pesa una barbaridad —respondió serio.

—P-pero acabas d-de decir que...

—Sé lo que he dicho, Sara —dijo, y una corriente eléctrica me recorrió toda la espina dorsal—. No te alquilaré la casa. Punto.

No pude reprimir una pequeña sonrisa. Jason me dejaría alojarme en la casa de mi abuela. Bueno, rectifico, ahora su actual propiedad.

—Espera, puedo echarte una mano y... ¡mierda! —exclamé, tratando de alcanzarlo, pero uno de mis tacones se clavó en el barro y casi caigo contra el suelo.

¡Casi!

Si no fuera por Jason, me habría hecho muchísimo daño.

—Hemos empezado con un mal pie, literalmente—dijo, consiguiendo hacerme sonreír, mientras observaba el tacón de mi sandalia hundido en el barro.

Nuestras miradas se encontraron y conectamos inmediatamente. Sus ojos me resultaron inquietantemente familiares, como si los hubiera visto antes.

Abrí y cerré la boca con nervios, antes de hablar:

—¿Derek? —pregunté casi en un susurro y Jason tensó la mandíbula.

Yo acerté en ver una mezcla de emociones en su rostro cuando pronuncié aquel nombre.

—¿Qué has dicho? —inquirió con aire adusto, sin dejar de sujetarme por el brazo.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Yo...

— Bájate de esos «andamios». No sé por qué, pero me parece que las mujeres sufrís mucho utilizando ese tipo de calzado—dijo, interrumpiéndome.

—Son sexis —confesé sin pensármelo y, al mismo tiempo, arrepintiéndome.

Jason esbozó una sonrisa que hizo que las comisuras de sus labios se elevaran.

—Los complementos y la ropa no son sexis, Sara. Es la persona quién los hace ser sexis.

—¡Ah! —grité cuando, sin esperármelo, Jason me alzó con demasiada facilidad para cargarme en su hombro izquierdo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Sabes cuánto peso? —le pregunté, un poco avergonzada.

No era una mujer insegura, pero sabía que la mayoría de la sociedad prefería las medidas *90-60-90*.

¡Y yo no era precisamente una modelo de revista!

Él hizo caso omiso de mi deje sarcástico, agarró las dos maletas y caminó hacia casa.

Esto era totalmente surrealista.

«¿Por qué esta clase de cosas me suceden siempre a mí?», pensé.

Jason subió las escaleras del porche mientras Zeus lo imitaba sin dejar de mover la colita. Me picaba la curiosidad por saber cómo era Diablo, aunque pensar en él hacía que mi cuerpo temblara de miedo.

—Ten cuidado, el verdín resbala —dijo él, cuando me bajó lentamente como si fuera una muñeca de porcelana.

—Gracias... —susurré con voz inaudible, sin poder evitar morderme el labio inferior con nervios mientras él abría la puerta.

Las bisagras chirriaron haciendo que la piel se me pusiera de gallina. Observé cada rincón de la casa y cada detalle que aún permanecía en su sitio. Todo estaba como lo había dejado hace nueve malditos años: el futón beis en

el centro de la pequeña salita, el viejo televisor cuadrado, el reloj de cuerda de la abuela Angie, la cocina de leña y las dos macetas con geranios en las esquinas de la entrada.

El olor de aquellas plantas me refrescó la memoria. A Angie le gustaba muchísimo la jardinería.

—¿Vives aquí? —le pregunté con desconfianza, mientras arrastraba el polvo del armario con mi dedo índice.

—Te he dicho que llevo viviendo en este pueblo desde el año pasado, pero no que esté viviendo en esta casa. Antes de mudarme aquí, tengo que reformarla.

Asentí lentamente con la cabeza sin dejar de observarlo. La idea de compartir casa con un desconocido no me agradaba para nada, pero tampoco me disgustaba del todo.

¡Jason era muy tentador!

—Llevaré las maletas a tu habitación—dijo, antes de subir las escaleras.

—Está bien, gracias —respondí con una sonrisa amable que pronto desapareció—. ¿A mi habitación? ¡Espera! ¿Cómo sabes cuál era mi habitación?

Corrí tras él cuando subió a la segunda planta y caminó hacia la última puerta del pasillo.

«¡Maldita sea!, ¿quién es Jason Scott?».

Él entró en el dormitorio y dejó las maletas al lado de la cama. Puso las manos en los bolsillos, haciendo caso omiso de mis preguntas, y habló:

—No tengo ni idea de cuál era tu habitación, Sara, pero el otro cuarto es un poco más masculino y aún lo estoy reformando —dijo, observando la lámpara rosa y los cojines del mismo matiz—. Supongo que te sentirás más cómoda aquí.

Desvié la atención de él cuando observé una foto de mi abuela Angie.

Me acerqué a la mesita y cogí el marco de fotos. En la foto ella se veía muy feliz y a su lado estaba yo cuando era más pequeña.

Cuando mi abuela murió, me sentí totalmente desprotegida y abandonada.

—¿Por qué compraste la casa? —le pregunté con curiosidad y apoyé de nuevo el marco de fotos sobre la mesita de noche—. Quiero decir, ¿qué tiene de especial este sitio para ti? La vivienda es muy vieja, probablemente tendrás que invertir el doble de dinero para reformarla, y el lugar no es nada atractivo para un turista. Estamos a cinco kilómetros del pueblo.

—Cuando era pequeño, viví en una casa muy parecida a la de tu abuela. Me trae buenos recuerdos. Además, no soy un hombre muy social —dijo, sin retirar su mirada de la mía.

Yo me sorprendí por su confesión. Humedecí los labios sin dejar de observar su boca. Jason era un desconocido, y yo también era una desconocida para él, pero debía estarle agradecida por su ayuda.

Él no tenía ni la menor idea de que me estaba salvando la vida.

—Hoy he terminado de arreglar la caldera y por ahora hay suficiente leña —dijo, sacándose la camisa lentamente. Abrí los ojos como platos sin dejar de escrutarlo. ¿Qué estaba haciendo? —. Creo que deberíamos ducharnos— aclaró, sujetando la prenda entre sus manos y acercándose más a mí—. Sácate el vestido y lavaremos la ropa.

Tuve que hacer un enorme acopio de valor para no observarlo.

¡Oh, claro que podía lavar la ropa en aquellos abdominales tan marcados como una tabla de fregar!

Una sonrisa tiró de los extremos de los labios de Jason cuando se dio cuenta de mi nerviosismo.

—Hay un único cuarto de baño en la casa. Bueno, supongo que ya lo sabrás. Yo iré primero y, por supuesto, cerraré la puerta con seguro. No puedo fiarme de ti... por ahora —dijo, dándome la espalda para salir al pasillo.

Parpadeé varias veces, aún atónita por el efecto que había provocado en mí. Entonces, bajé la vista y me di cuenta de que tenía su camisa entre mis manos.

—Maldito ególatra —murmuré por lo bajo, apretando la camisa con más fuerza.

Me dejé caer sobre el colchón sin dejar de escrutar cada rincón de mi habitación. Acaricié la colcha blanca que mi abuela me regaló. El día que me

hice mayor de edad, ella gastó una parte de su pequeña pensión para decorar mi habitación.

Angie era un ángel, ¡una madre para mí! Y aunque tenía una madre biológica, ella nunca me trató como su hija. Ni siquiera sabía nada de su vida. En estos nueve años, mi madre nunca trató de ponerse en contacto conmigo. Estaba claro que ella no me quería y le daba igual saber si su única hija estaba viva o muerta.

Apreté la colcha con las manos cuando los recuerdos se abalanzaron sobre mí. Era increíble lo diferentes que eran mi abuela y mi madre.

¡Eran como la noche y el día!

Me sequé las lágrimas de las mejillas, tomé aliento y abrí las maletas. Tenía que dejar el pasado enterrado, centrarme en el presente y enfrentarme a futuros problemas más importantes.

Debía convencer a Jason para que me dejara trabajar en su casa y así, de alguna manera, saldar la deuda con él. No podía dejar que nadie me viera en el pueblo.

¡No podía arriesgarme a que mi pesadilla me encontrara aquí!

Ya había cometido el error de decirle mi verdadero nombre a Jason, pero si no lo hubiese hecho, él nunca sabría que era la nieta de Angie Wood y probablemente no me dejaría vivir aquí.

Escuché el agua correr y supe que él ya se estaba duchando. Pasé la punta de mi lengua por el borde de mis labios mientras dejaba que mi mente fantaseara con él.

Jason era un hombre demasiado atractivo, con un cuerpo de dios griego. Pero eran sus ojos color azul cielo los que me inquietaban e, inconscientemente, me hacían pensar en mi hermanastro.

¡Sí! En Derek Brown.

Observé de reojo la puerta del baño para asegurarme de que Jason seguía en el interior.

Me acerqué de puntillas a la mesita de noche y abrí el primer cajón. Sonreí cuando observé las bolsas de dulces que solía esconder cuando era una cría y varias pulseras de abalorios que yo misma hice años atrás.

Aparté todo a un lado y entonces lo encontré.

Saqué el sobre color crema y lo abrí. Era una foto mía junto a Derek, un año antes de marcharme del pueblo y de que mi abuela se muriera. Acaricié el retrato con nostalgia y, al mismo tiempo, rabia.

Derek era mi mejor amigo. Él y la abuela eran las únicas personas en las que podía confiar, pero las cosas se complicaron demasiado entre nosotros. Los problemas familiares se interpusieron en nuestra relación y nada volvió a ser como antes.

Cuando la abuela Angie se murió, Derek y yo discutíamos muy a menudo. Él no comprendía por qué no aceptaba a mi «nueva familia».

¡Maldita sea!

Me sentía culpable por la separación de sus padres, pero llegó un momento en que dejé de culpabilizarme. Yo no tenía la culpa de que la loca de mi madre le tirara los tejos al padre de Derek, ni que su progenitor le pusiera los cuernos a su madre.

Ya no había marcha atrás y aún vivía con el remordimiento por no haberle contado la verdad a Derek. No quería que él supiera lo que me sucedió hace nueve años.

¡No quería que se sintiera contrito!

Cuando escuché abrirse la puerta del baño, guardé rápidamente la foto y cerré el cajón.

Los nervios me invadieron por dentro cuando observé a Jason bajo el marco de la puerta, con una toalla envolviendo su cintura y el cuerpo completamente mojado.

Tragué saliva y sentí mi garganta más seca de lo habitual.

Como si fuera en cámara lenta, observé una gota caer de su pelo y correr por sus fornidos pectorales hasta quedar colgada del pezón.

«Vale, Sara, toma aire y relájate», pensé para mis adentros.

Jason se dio cuenta de que lo estaba observando y volvió a sonreír.

El corazón comenzó a palpitarme en el pecho con violencia.

—Su turno, señorita —dijo él en un tono burlón.

Me mordí la lengua para amordazar el deseo apremiante de insultarlo como se merecía. Necesitaba su ayuda y si no quería que me echara, debía controlarme.

Cogí unas mudas limpias de la maleta y pasé por su lado echando chispas, pero él extendió un brazo e impidió que avanzara.

—¿Qué... —dije con la voz temblorosa y carraspeé—. ¿Qué estás haciendo?

Él se inclinó hacia a mí y me susurró al oído:

—Voy a hacerme el despistado y entraré en el cuarto de baño —murmuró con voz suave y cálida mientras sentía la humedad de su piel—. Te aviso por si quieres cerrar la puerta o, por el contrario, dejarla abierta para conocernos más a «fondo».

Jason se separó lentamente de mí y su barba de tres días me rozó la mejilla. Me observó con detenimiento y lo único que pude hacer fue, muy ridículamente, balbucear como un bebé.

Él esbozó una media sonrisa traviesa.

—Bienvenida al paraíso, Sara Wood.

2.

No sé cuánto tiempo estuve parada bajo los chorros del agua, pero la palabra que Jason me dijo resonaba en mi mente, una y otra vez, como un eco.

«Paraíso, paraíso, paraíso...».

Entonces, recordé una de las últimas conversaciones que tuve con Derek, concretamente, el día anterior antes de largarme de casa...

—Un día, Sara, un día no muy lejano tendré éxito en el mundo de los negocios. Te prometo que cuando llegue ese día te sacaré de aquí y te llevaré a cualquier parte del mundo que tú desees. Te llevaré al paraíso.

Yo lo observé con el ceño fruncido.

—Derek, para mí esto ya es el paraíso. Quiero terminar mi vida aquí, en el pueblo donde nací, y ver crecer a mis futuros hijos en el campo.

Él me escrutó con aquellos ojos azules que me llegaban hasta el fondo del alma.

—Entonces, construiré un paraíso aquí. Lo haré por ti.

—¿Por qué? —le pregunté con curiosidad.

—Porque te quiero.

El espejo del baño estaba empañado por el vapor de la ducha. Pasé una mano por el cristal y me sorprendió la imagen que me encontré. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y el cabello, que me llegaba hasta los hombros y era de color azabache, estaba completamente alborotado.

Era una mujer que cambiaba constantemente de look, de coches, de viviendas, de lugares y de compañías. Fui pelirroja, morena, rubia...

¡Incluso me teñí el pelo de color rosa!

No lo hacía por gusto, sino para mantenerme a salvo.

Me sujeté el pelo en una coleta y volví a observarme en el espejo. Con el cuello descubierto, Jason podría ver mis cicatrices en la nuca y, ahora, lo que menos quería era un interrogatorio.

Solté otra vez el pelo, abrí la puerta del baño y caminé descalza por las escaleras. Había decidido vestir unos vaqueros y una camiseta color blanca para estar más cómoda y no correr el riesgo de enseñar, nuevamente, mis braguitas.

¡Qué bochorno!

Cuando llegué a la primera planta busqué con la mirada a Jason, pero no estaba. Vi un juego de llaves sobre la mesa de la cocina y supe que él ya se había largado.

Debería sentirme aliviada e incluso satisfecha. Tendría un refugio para mí sola, sin la necesidad de dar explicaciones a nadie de adónde iba o lo que hacía.

Salí afuera para respirar un poco de aire fresco.

La noche estaba cayendo y el frío empezaba a notarse. En las montañas, la temperatura podía llegar hasta los cinco grados bajo cero. Me apoyé en la carcomida barandilla del porche sin dejar de observar el viejo y pequeño granero rojo de la abuela Angie.

Tenía curiosidad por saber si aún estaban las herramientas de jardinería de Angie y el pequeño corral de las gallinas. Pero entonces, recordé que allí adentro se encontraba el mismísimo diablo. Tragué saliva sin dejar de observar el oxidado pasador que mantenía encerrado a aquel «monstruo».

A Diablo me lo imaginaba como un enorme animal salvaje, con los ojos rojos inyectados de sangre y unas garras tan largas como puñales.

¡Sí!, era una mujer con mucha imaginación.

A punto de entrar en casa, cuando un escalofrío me recorrió la espina dorsal, Zeus apareció de la nada sin dejar de ladrarme y mover la cola. Yo lo escruté con curiosidad sin saber por qué aún estaba allí el perro de Jason.

«¿Se habrá olvidado de él?», pensé.

Zeus me observó con la cabeza inclinada y la lengua afuera.

Yo suspiré con resignación.

No podía dejarlo solo afuera, ni tampoco quería encerrarlo en el granero junto a Diablo.

—Está bien, pasa —dije y, acto seguido, el perro entró en casa.

Sonreí una vez más sin dejar de mirar el paisaje mientras el aire golpeaba en mi cara.

¡Por fin, de vuelta en casa!

Cerré la puerta y caminé hasta la cocina cuando el estómago me rugió con fuerza. Entonces, me di cuenta de que no había nada en las alacenas ni en la nevera.

«¡Mierda!».

Jason me había dicho que no vivía en esta casa, ya que aún tenía planeado reformarla. Era normal que no hubiese nada a lo que hincarle el diente.

El estómago me volvió a rugir y la idea de ir al pueblo para comprar algo de comer fue bastante tentadora. Podía arriesgarme, tal vez la gente ya no me reconocería. Había cambiado mucho físicamente durante estos últimos nueve años.

Antes de subir a mi habitación para calzarme y coger una chaqueta, observé en la esquina de la entrada un par de botas vaqueras de cuero marrón con unas costuras negras en lo alto. Tuve que reprimir una risilla con las manos, por el mero hecho de pensar en Jason con aquel tipo de calzado. Me senté en las escaleras para probarme las botas que me quedaban exageradamente grandes. Volví a reír sola mientras intentaba bailar la clásica canción «No rompas más mi pobre corazón».

Zeus ladeó la cabeza sin dejar de observarme, mientras yo carcajeaba con la boca bien abierta, hasta que los faros de un coche iluminaron la ventana de la cocina. Tropecé con nervios y sentí cómo el pulso se me aceleró a una velocidad vertiginosa.

«Mi pesadilla está aquí...», pensé con nervios.

Corrí a la cocina para coger un cuchillo, me pegué a la pared más cercana y me asomé a la esquina, sacando la cabeza.

Maldije por lo bajo cuando me di cuenta de que la puerta no tenía el seguro puesto.

«Mierda, soy idiota».

Observé cómo el pomo se giraba y a continuación la puerta se abría. Apreté con fuerza el mango del cuchillo mientras un hombre entraba en la casa. Achiné los ojos para observar con mayor nitidez y lo reconocí.

¡Era Jason!

Suspiré aliviada, mientras mi corazón volvía a latir con normalidad.

—¿Quieres jugar a los escondites, pequeña? —me preguntó, cerrando la puerta detrás de él.

Yo me sonrojé como un semáforo.

«¿Cómo me ha visto?», pensé.

¡Maldita sea!, se suponía que estaba escondida.

Salí de mi escondite, guardando el cuchillo en el bolsillo trasero de los pantalones, y lo escruté con intensidad.

Jason vestía los mismos vaqueros y una camiseta negra que ensalzaba sus músculos. Su cabello estaba ligeramente despeinado y sus ojos tenían un brillo peculiar.

Abrí la boca cuando él arrastró una maleta hacia las escaleras.

—¿Qué es eso? —pregunté, cuando él alzó el equipaje como si fuera una pluma.

—¿De dónde vienes, Sara? —inquirió, y yo me sorprendí al momento.

Sabía que Jason me iba a interrogar toda la noche para saber por qué no tenía dinero y de qué me estaba escondiendo.

—¿Nunca has visto una maleta de ruedas?

Parpadeé varias veces, aún atónita por su inesperada pregunta. Entonces, apreté los dientes con fuerza.

Lo había vuelto hacer, ¡se estaba burlando de mí!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esta es mi casa —respondió, mientras subía los escalones con parsimonia—. Vivo aquí.

—¿Qué? —chillé con nervios—. Me dijiste que no te mudarías aquí hasta que reformaras la casa —le recriminé, intentado subir los escalones de dos en dos.

Solo se escuchaba el ruido de las botas mientras caminaba hacia la habitación de mis abuelos.

Me quedé parada bajo el umbral de la puerta sin dejar de observar el dormitorio. Jason había sacado los retratos de mi familia y los antiguos muebles, para sustituirlos por unos mucho más modernos y masculinos. Había una caja de herramientas en la esquina y un par de brocas tiradas en el suelo.

—Quieta ahí, vaquera —dijo, y el rubor apareció en mis mejillas—. Si pasas el umbral de mi puerta, pagarás las consecuencias —manifestó con tono acerado.

Bajé la mirada a mis pies, mientras sentía arder las mejillas.

—Te he dejado vivir en mi casa, Sara, pero no te he dado permiso para que urges y uses mis cosas —dijo, acercándose a mí.

Yo retrocedí un paso, pero él siguió avanzando hacia mí sin detenerse.

¡Jason me ponía nerviosa y él lo sabía!

Suspiré cuando acabé atrapada entre su escultural cuerpo y la pared. Jason apoyó las palmas de las manos contra la pared, a ambos lados de mi cabeza, y se inclinó para susurrarme:

—¿De qué te escondes, Sarita? —inquirió, y yo mordí la lengua para evitar hablar—. Dime qué has hecho para estar tan asustada. Has gastado todo tu dinero para venir aquí. ¿De qué tienes miedo? —me volvió a preguntar con voz cavernosa, haciendo que mis piernas tambalearan como gelatina.

—Yo no tengo miedo a nada, si así fuera, no me quedaría aquí viviendo con un desconocido—le dije, intentado controlar el temblor de mi voz.

Jason me escrutó con intensidad y la comisura de su labio se alzó en una media sonrisa traviesa.

—Tengo un don para saber cuándo me mienten —dijo, acercándose más a

mí y presionando su fornido cuerpo contra el mío—. Tus palabras son convincentes, pero tu mirada me dice otra cosa.

Un gemido involuntario se escapó de mis labios cuando sentí la cálida mano de James detrás de mi espalda.

Él, suavemente, inclinó la boca hacia mi oreja:

—Todo el mundo tiene miedo a algo, Sara, incluso yo —susurró, casi en un silbido, consiguiendo erizarme el vello de todo el cuerpo—. Pero a ti no te tengo miedo.

Abrí los ojos como platos cuando Jason sacó el cuchillo del bolsillo de mi pantalón. Esperé a que él se pusiera hecho un basilisco para echarme de su casa.

¡Y lo entendería!

Pero en su rostro había algo diferente, incluso en su modo de fruncir el ceño.

¿Era compasión lo que estaba viendo en sus ojos color azul?

Jason volvió a sonreírme con sus dientes al aire y se separó de mi cuerpo.

—Eres como un potrillo salvaje, Sara. Un potrillo asustado, perdido y sin rumbo —manifestó, tomándome totalmente desprevenida—. Pero al final, conseguiré domarte.

Tragué saliva con dificultad cuando Jason me guiñó un ojo y giró sobre sus talones. Aproveché aquel momento para observar su espalda ancha y su trasero perfectamente redondo.

¡Madre mía!, ¿cómo alguien podía ser tan perfecto?

—Voy a sacar las bolsas del maletero—dijo, antes de bajar las escaleras con indiferencia como si allí no hubiese sucedido nada.

¡Como si no hubiese encontrado un cuchillo en el bolsillo de mi pantalón!

Me dejé respaldar contra la pared cuando sentí que las piernas me flaquearon.

Jason era un desconocido, pero por alguna extraña razón, me transmitía seguridad. Sus ojos me recordaban muchísimo a Derek, y ese era el verdadero motivo por el que me sentía protegida con él.

Saqué las botas de los pies, corrí descalza por el pasillo y bajé a la primera planta. Quedé paralizada en la entrada de la casa cuando una corriente de aire entró por la puerta, que estaba abierta, y golpeó en mi cara. No pude retirar la mirada de Jason, quien estaba cargando cinco bolsas llenas de comestibles.

Él me observó con una intensidad que me hizo palpar la entrepierna. Entonces, sacudí mi cabeza para alejar cualquier pensamiento lascivo y salí al porche para ofrecerle mi ayuda.

—Espera, te echaré una mano —dije, bajando los escalones del porche—. ¡Ah, mierda! —chillé cuando clavé una astilla en la punta del dedo gordo del pie.

—Joder, Sara —blasfemó Jason, soltando las bolsas y corriendo hacia mí.

Él se arrodilló en las escaleras y atrapó mi pie para examinarlo con sumo cuidado. No dejó de fruncir el ceño, visiblemente preocupado, mientras acariciaba mi dedo con delicadeza.

—¡Au! —me quejé como una niña pequeña, cuando me sacó la astilla.

—Hacía años que no conocía a nadie tan torpe como tú —dijo, y el bochorno me invadió por dentro.

Me sorprendí cuando me cargó en sus brazos y me llevó con él hasta la cocina. Quedé embobada sin dejar de observar sus facciones, su pelo azabache y sus labios carnosos. En ese momento me pareció que acariciar su boca sería lo más placentero del mundo.

—Si quieres ayudar, quédate quietecita aquí —me ordenó.

Cuando Jason me sentó sobre la encimera, mi rostro quedó a la misma altura que el suyo.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, con una intensidad anormal. Yo tragué saliva con dificultad, cuando Jason clavó su mirada en mi boca. Inconscientemente, me humedecí los labios con la punta de la lengua y mi corazón palpité con fuerza.

Jason apretó las mandíbulas, endureció su rostro y salió afuera para recoger las bolsas de la compra.

Mordí el interior de mi mejilla con fuerza mientras calmaba mis nervios.

Había creído que Jason me besaría, pero no fue así. Cada vez que nuestras miradas se conectaban, algo en su interior se encendía.

Cuando Jason entró en casa, y dejó las bolsas en el suelo cocina, se irguió en su metro noventa y se acercó a mí. Sin pedírselo, me agarró el pie y me limpió la herida del dedo con una servilleta.

—Tranquila, no te desangrarás —dijo con gracia, volviendo a acariciarme el dedo con delicadeza.

—Gracias... —le respondí con voz casi inaudible.

Él, con una expresión traviese en el rostro, enarcó una ceja y se incorporó entre mis piernas.

—No, Sara, no quiero tus gracias. Te estoy ofreciendo mi humilde morada, comida y «servicio médico». Estoy arriesgando mi propia vida dejando que una desconocida duerma en mi casa —manifestó, sacando el cuchillo de su bolsillo para dejarlo sobre la encimera. Yo sentí las mejillas arder y él, antes de seguir hablando, se pasó la lengua lentamente por el labio inferior—. Tendrás que compensarme, vaquera.

Sentí cómo mi pecho subía y bajaba con exageración, mientras mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Y-yo no m-me acostaré contigo... —murmuré en un tono muy poco convincente.

¿Qué me estaba pasando? Yo no era así. ¿Por qué no podía plantarle cara a aquel hombre?

Jason se acercó a mí, casi rozándome el rostro con sus mejillas:

—Nunca digas nunca, pequeña.

Abrí la boca cuando nuestras narices chocaron y nuestros alientos se mezclaron. Ahora pude descifrar lo que había en su mirada: rabia y deseo.

¡Una mezcla de sentimientos que me asustaba y, al mismo tiempo, me excitaba!

Antes de que nuestros labios se juntaran, mi estómago rugió y él sonrió. Pero esta vez su sonrisa denotaba más sinceridad.

Jason se separó de mí, recogió las bolsas que había dejado antes en el

suelo y las dejó encima de la mesa.

—No sé qué comida te gusta, así que he comprado un poco de todo — aclaró, sacando la comida de las bolsas—. Eso sí, soy terrible para los quehaceres domésticos.

—Yo... —dije y, acto seguido, carraspeé cuando me salió voz de pito—. Yo cocinaré.

Jason asintió lentamente con la cabeza, se apoyó en la encimera frente a mí y me escrutó con curiosidad.

Le di la espalda y sentí su mirada sobre mí. Me inquietaba estar a solas con él. No sabía qué intenciones tenía conmigo, ¡no sabía por dónde pillarle!

A lo largo de los años, había conocido un sinfín de personas. Me encontré con gente buena que me ayudó y, por desgracia, gente mala que me traicionó y quiso abusar de mí.

Sabía reconocer a primera vista a las personas peligrosas y Jason, aunque tratara de asustarme, no era un hombre peligroso. En lo más profundo de mi ser sabía que estaba a salvo.

El silencio se cernió sobre nosotros, mientras mis manos temblaban ligeramente.

«Muy bien, Sara. Tú puedes hacerlo», me animé a mí misma.

Me puse de puntillas tratando de coger un plato de la alacena, pero apenas lo rocé con la punta de los dedos. Maldije por lo bajo cuando me di cuenta de que no había crecido nada desde la última vez que viví aquí.

Suspiré cansada y escruté de soslayo a Jason, quien me estaba observando el culo con descaro.

Ofendida, y también alagada, giré sobre mis talones y me encaré con él.

Quise recriminarlo, insultarlo y golpearlo, pero me falló la voz y lo único que hice fue quedar callada. Su mirada me producía un intenso cosquilleo sobre la piel que conseguía dominar mis cinco sentidos.

«Pero al final, conseguiré domarte», recordé la frase.

¡Mierda!

Él, con demasiada facilidad, estiró la mano y cogió un plato hondo de

porcelana. Luego se inclinó hacia mí, con una sonrisa de oreja a oreja, y escrutó mi rostro encendido.

—Será mejor que me vaya, antes de que decida comer directamente el «postre» —dijo, con los ojos llenos de lujuria, mientras dejaba el plato sobre la encimera—. Avísame cuando esté la cena lista, vaquera.

3.

Nunca había visto a nadie comer tanto. Bueno, sí. A mi abuela y a Derek. Ellos dos solían disfrutar muchísimo de las comidas que preparaba. Y, por lo que estaba viendo, Jason también.

Removí la comida con el tenedor sin dejar de apretar los labios. Tenía hambre, pero Jason me intimidaba hasta tal punto que el estómago se me había cerrado.

—¿No vas a comer? —me preguntó, mientras seguía vaciando el plato—. ¡Joder!, hacía años que no comía algo tan bueno.

Yo alcé la vista y lo observé con curiosidad.

Me había perdido en sus ojos color azul y, por un momento, había pensado que estaba compartiendo mesa con mi hermanastro.

Sacudí la cabeza para sacarme aquella absurda idea de la cabeza. Ni siquiera sabía si Derek seguía viviendo en el pueblo y aunque así fuese, no me querría ver ni en pintura.

Y, muy a mi pesar, yo tampoco.

Después de que él me confesara sus sentimientos, yo me largué sin darle ninguna explicación. Ese día, Derek hizo que mi corazón palpitará de amor y que las mariposas de mi estómago revolotearan de la emoción. Pero cuando llegó la noche, mi pesadilla también consiguió romperme por dentro y dejarme marcada de por vida.

—No, no tengo hambre —respondí con sequedad, tratando de no pensar en el horripilante suceso de aquella noche.

Él se apoyó en el respaldo de la silla sin dejar de escrutarme con intensidad, mientras yo intentaba beber un poco de agua.

—¿Qué te parece entonces si me dejas probar tu «postre», vaquera? —preguntó con un doble sentido que yo entendí perfectamente.

Me atraganté con el agua que estaba bebiendo y tosí aclarándome la garganta.

Sentí las mejillas ardiendo y no sabía hacia dónde mirar. Me vi traicionada por una inevitable y lasciva asociación de ideas que me hicieron dudar.

—¿M-mi p-postre? —tartamudeé levemente.

—¿No has hecho un postre? —inquirió con la ceja enarcada y sin borrar su sonrisa traviesa.

Se veía que estaba disfrutando de la situación.

«¡Maldito ególatra!».

—No. Hace años que no hago postres...—confesé y él relajó sus facciones sin quitarme el ojo.

—¿Por qué?

Yo alcé los hombros y los dejé caer con pesadez.

—Porque ya no tengo a quién hacérselos.

Jason clavó sus ojos en mí sin apenas pestañear. Su mirada me quemaba la piel y hacía arder mis entrañas.

«¿En qué estará pensando ahora mismo?».

De repente, se levantó bruscamente de la silla y me observó con una mirada acerada que me hizo poner la piel de gallina

—Pues ahora sí que tienes a alguien a quién hacérselos, Sara. Dijiste que me «pagarías» de alguna manera. Así que, la próxima vez quiero que me hagas un postre —habló con sequedad, confundiéndome con sus repentinos cambios de humor—. No te dejaré marchar así como así. ¿Me has entendido? —preguntó, alzando el tono de voz y sin dejar de clavar su mirada en mí.

Yo asentí lentamente con la cabeza y contemplé el vaivén de su nuez al tragar saliva.

El silencio volvió a caer sobre nosotros. Sus facciones se relajaron, al igual que sus hombros, mientras su mirada se volvía más intensa.

Jason suspiró con fuerza, pasándose la mano por la nuca y, sin decir más

nada, subió por las escaleras hasta la segunda planta.

Me levanté de la silla, recogí los platos y terminé de colocar las cosas en la nevera mientras dejaba que un largo silencio se apoderara de la casa.

Apoyé los codos en la encimera de la cocina, puse la cara entre las manos y dejé que mi mente divagara. Hablar con Jason me hizo plantearme las cosas de otra manera.

¡No podía seguir viviendo así!

Por mucho que intentase escapar, esconderme y comprar documentación falsa, mi pesadilla, tarde o temprano, siempre me encontraba.

El miedo convivía conmigo y estaba harta.

Me moví hacia las escaleras y traté de escuchar algo, pero nada. Subí los escalones de puntillas, caminé hasta mi habitación, abrí la puerta y la cerré sin hacer ruido.

Me quité la ropa y el sujetador para vestir una camiseta holgada, que normalmente usaba para dormir, y me deslicé dentro de la cama. Quedé quieta mientras afuera se escuchaba el monótono cantar de los grillos.

El viento arreció ligeramente contra el cristal de la ventana, pero no me asustó. Echaba de menos la modesta tranquilidad del pueblo donde nació.

Ya estaba a punto de quedarme dormida, pero escuché un extraño ruido en el porche de la casa.

Retiré la colcha a un lado y me levanté. Desde hace nueve años, no había vuelto a conciliar el sueño. A veces incluso dormía con un ojo abierto y otro cerrado.

Di un respingo cuando escuché unos golpes en la puerta principal. Se me heló la sangre cuando pensé nuevamente en él.

¡En mi pesadilla!

Corrí por el pasillo hacia la habitación de Jason. Noté que me faltaba aire en los pulmones mientras el miedo me paralizaba.

Abrí la puerta con tanta fuerza que ésta rebotó contra la pared.

Observé cómo Jason, quien dormía en el centro de la cama boca arriba, se incorporó de inmediato.

Jason, sentado en el centro de la cama, me escrutó con los ojos velados por el sueño y con el torso completamente descubierto.

—¿Sara? —preguntó con voz ronca, consiguiendo erizarme el vello.

Menos mal que Jason parecía ser el tipo de persona que se despertaba de buen humor.

—¡Ayúdame! —grité llena de miedo, cuando escuché unas pisadas en la planta de abajo.

Fuera lo que fuese, aquella cosa había logrado entrar en casa.

¿Pero cómo?

—¡Eh!, ¿qué estás haciendo? —inquirió cuando me abalancé sobre él y lo tumbé sobre la cama de nuevo.

Su piel estaba caliente y aquello me resultó reconfortante. Escondí mi rostro en el hueco de su cuello, inundando mis fosas nasales con su aroma varonil.

—¡Joder, estás congelada! —protestó cuando me acarició el muslo y rozó con la punta de sus dedos la tela de mis braguitas—. Oh, vaya... —murmuró cuando se dio cuenta de que estaba casi desnuda.

Yo me senté, aún encima de su cuerpo, y lo observé con el miedo reflejado en el rostro. Pero Jason aprovechó aquel momento para bajar la vista y así observar mis pezones erectos.

Crucé los brazos sobre mi pecho y él volvió a clavar su mirada en la mía. Abrí los ojos como platos cuando noté un enorme bulto en mi entrepierna.

—¡Estás desnudo! —exclamé, tratando de bajarme.

—¡Uff! Estate quieta o harás que mi «amigo» se ponga más duro, vaquera —dijo, agarrándome por la cintura y tumbándome boca arriba.

Jason se incorporó entre mis piernas, apoyó sus manos a ambos lados de mi cabeza y me escrutó con intensidad. Sentí un fuerte calor en la entrepierna que me hizo sonrojar.

—Te dije que no debías entrar en mi habitación—murmuró con severidad, consiguiendo estremecerme de placer—. ¿Sabes qué tendré que hacer ahora, Sara?

—¡Ah! —gemí cuando él me besó en el cuello.

Reprimí otro gemido con las manos cuando Jason atrapó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes.

—Eres jodidamente tentadora, Sara —murmuró casi en un gruñido—. Llevo años deseando hacer esto.

Yo fruncí el ceño y lo separé unos centímetros de mí. Jason tenía la vista nublada por el deseo y, sinceramente, yo también estaba ansiosa por besarlo.

—¿Deseando hacer qué? —pregunté con incredulidad en la voz—. ¿Nunca has estado con una mujer?

Jason explotó en carcajadas y se pasó la lengua por los labios de manera seductora.

—He estado con muchas mujeres, Sara, pero nunca he hecho algo con ellas que deseo hacer desde hace años.

—¿El qué? —le urgí, deseosa por saber algo más sobre él.

Sus ojos azul cielo me escrutaron de arriba abajo y, sin esperármelo, me acarició la mejilla con el dedo pulgar. Tenía una expresión dura, como si estuviera enfadado consigo mismo.

Esperé a que hablara, pero se escuchó el sonido de un cascabel en el pasillo de la segunda planta que hizo alarmarme por completo.

En ese momento, la mente me hervía de ideas y mi cuerpo temblaba de miedo.

—¿Alguien más vive aquí? —pregunté con voz temblorosa.

—No. Bueno, sí, ahora nosotros... —contestó con parsimonia, haciendo caso omiso a mi deje sarcástico.

—¿Y por qué estoy escuchando unos pasos acercándose a la habitación? —trastabillé con nervios.

Jason frunció el ceño con fuerza mientras prestaba atención al ruido, pero de repente, sus labios se curvaron en una espontánea sonrisa.

—Parece ser que Diablo ha venido a darte la bienvenida.

Pum.

El corazón se me paralizó.

Solté un chillido, sin saber muy bien a lo que me iba a enfrentar, cuando algo cayó sobre la cama.

Me escondí bajo las sábanas sin dejar de gritar.

—¡Sara! —exclamó Jason, tratando de tranquilizarme.

Negué con la cabeza y cerré los ojos cuando Jason retiró las sábanas a un lado, y el perro me dio un lametazo en la cara.

En reacción, abrí los ojos y me encontré con algo totalmente antagónico a lo que había imaginado.

—¿Un chiguagua?

Parpadeé repetidas veces, aún atónita por lo que estaba viendo.

Diablo era un perro de raza pequeña, demasiado pequeña, y de un color negro intenso como sus ojitos que parecían dos botones. Me fijé en que tenía un collar rojo, que destacaba en su cuerpecito negro, y un cascabel colgado que producía un ruido armonioso.

Observé de soslayo a Jason, quien torció los labios y ahogó una carcajada.

¡Se estaba burlando de mí, otra vez!

—Cuando adopté a Zeus y a Diablo, tuve que poner unas puertas para perros en la entrada de la casa y del granero. Seguro que se ha despertado y ha venido a darte la bienvenida. Diablo tiene un don para detectar a la gente mala y suele ser muy arisco, pero creo que le gustas —explicó él, observando cómo el perro me lamía la cara—. Pobrecito, no sabe lo que está haciendo...

—Eres un idiota—murmuré entre dientes sin dejar de acariciar a Diablo.

—No sabía que eras tan asustadiza, vaquera. De lo único que debes tener miedo es de mí.

Yo dejé de jugar con el perro para clavar la mirada en él. No me había dado cuenta de que aún seguía aprisionada bajo su cuerpo... ¡desnudo!

Mis ojos se desviaron de forma involuntaria hacia su entrepierna.

«¡Dios Santo!».

Avergonzada, me cubrí la cara intentado borrar la imagen de aquella

enorme erección.

¿Qué me estaba pasando?

¡Jason era un desconocido, maldita sea!

Él se levantó con parsimonia y se enfundó unos vaqueros. Volvió a clavar la mirada en mí y el nudo que sentí en el estómago se apretó aún más.

—Sé que estás deseando dormir conmigo, vaquera, pero si no quieres que esta noche haya «fuegos artificiales», deberías volver a tu habitación. No soy de piedra, Sara.

Asentí lentamente, sabiendo a lo que se refería.

Me sentía mal, ¡parecía un «microondas»!

Pero no lo había hecho adrede, no tenía ni idea de que Jason durmiera desnudo ni mucho menos que fuera un hombre tan «caliente».

Me levanté con cuidado y salí de la habitación, siendo escoltada por Jason y Diablo. Me abracé a mí misma mientras caminaba por el pasillo, antes de entrar en mi cuarto.

Jason apoyó el brazo contra el marco de la puerta y esperó. Me senté en el colchón, crucé las piernas y volvimos a conectar nuestras miradas.

Él, como si estuviera luchando contra las ganas de abalanzarse sobre mí y terminar con lo que habíamos empezado, dejó escapar un suspiro de frustración y meneó la cabeza.

—Buenas noches, vaquera —dijo, y aquello me tomó totalmente desprevenida.

—B-buenas noches —respondí un poco nerviosa cuando recordé la imagen de su enorme erección.

¡Todo esto era una locura!

Jason agarró el pomo de la puerta, pero antes de cerrarla volvió a clavar su mirada en la mía.

—Que los mosquitos no te piquen —comentó con cierto tono de preocupación, hasta que la comisura de su labio se curvó—, o se envenenarán con tu sangre.

Desesperada, chillé de pura rabia y le lancé un cojín cuando él cerró la puerta, antes de que lo golpeará.

Llevé una mano a la boca para reprimir una risa.

Jason, aunque me sacaba de mis casillas y me desconcertaban sus cambios de humor, me hacía sentir bien. No sabía cómo explicarlo, pero con él me sentía totalmente protegida y sabía perfectamente que no sería capaz de hacerme ningún daño.

Él mismo luchó contra sus ganas de acostarse conmigo, por el temor de herirme o que yo me arrepintiera.

Me dejé caer hacia atrás y me quedé mirando el techo de la habitación, mientras escuchaba el cantar de los grillos.

Sentí arder las mejillas cuando recordé el cuerpo desnudo de Jason. Mordí el labio inferior sin dejar de sonreír. Si me hubiera acostado con él, creo no me arrepentiría.

Sabía que él no me forzaría a hacer nada sexualmente que yo no quisiera hacer.

¡Él no era como mi pesadilla!

Cerré los ojos y una lágrima corrió por mi mejilla. Odiaba recordar a mi pesadilla, cada vez que mencionaba algo relacionado con el sexo, pero aquel terrorífico momento de mi pasado estaba grabado en mi cabeza de forma indeleble.

Quisiera o no, mi pesadilla no me dejaría nunca en paz y, tarde o temprano, sabía que él conseguiría terminar con lo que había empezado hace nueve años...

¡Terminar con mi vida!

4.

Me estiré a lo largo de la cama cuando la claridad del día entró a través de la ventana y me despertó. No recordaba la última vez que había dormido tan plácidamente. Vivía con el miedo constante de que mi pesadilla me encontrara. Se me hacía imposible conciliar el sueño y, por lo general, siempre dormía con un ojo abierto... ¡hasta hoy!

Me estiré perezosamente y dejé caer el brazo derecho en el lado opuesto de la cama.

Pum.

Fruncí el ceño y parpadeé un par de veces.

¡Alguien más estaba allí conmigo!

Me incorporé sobresaltada y entonces lo observé. Jason estaba sentado en el borde de la cama sin quitarme el ojo de encima. Tragué saliva con dificultad, sintiéndome completamente intimidada con su mirada. Aquellos ojos azules parecían estar hurgando dentro de mí, tratando de buscar el gran secreto que guardaba en mi interior con llave y candado.

—¿Qué haces aquí? —procuré que mi voz sonara firme y segura, aunque por dentro estaba completamente nerviosa.

Jason no contestó, solo se limitó a escrutarme con intensidad como si yo fuera algo sumamente interesante.

¡Como si yo fuera todo lo que quiere ver!

«¿Cuánto tiempo lleva aquí?», pensé.

Él me recorrió con la mirada de arriba abajo y con los ojos hambrientos.

—Jason... —murmuré casi en un susurro.

Él, con el ceño completamente fruncido, me observó y pude percibir cierto dolor en su mirada.

Cuando Jason separó sus labios, creí que iba a decir algo... ¡pero no!

Se levantó enojado y, sin dejar de suspirar, se pasó la mano repetidas veces por la nuca.

—Dijiste que estarías dispuesta a hacer lo que fuese para quedarte aquí. Así que, hay trabajo que hacer. Levántate, vaquera —me soltó tan campante, alejándose hacia la puerta—. Te espero abajo.

Cuando Jason salió por la puerta, me quedé un rato embobada sin saber qué decir o qué hacer.

Aún tenía el vello erizado y podía sentir el continuo cosquilleo de placer que me recorría de pies a cabeza. Cada vez que él sonreía, mis piernas se convertían en gelatina y mi corazón palpitaba intensamente. Jason era jodidamente hermoso y muy tentador, ¡y por supuesto, él era consciente de su atractivo! Pero por momentos se transformaba en un hombre prepotente y egocéntrico que me sacaba de quicio.

Apreté la almohada contra la cara y ahogué un grito.

No sabía qué pensaba él de mí. Por momentos, su mirada transmitía preocupación y tristeza. Pero, sin saber por qué, sus ojos azules se inyectaban de rabia y de algo más que aún no pude descifrar.

Negué con la cabeza y froté los ojos para despejarme y quitarme alguna legaña que me impedía abrirlos.

Me levanté de la cama y me puse un vestido de tela vaquera mientras me observaba en el espejo. Debía dejar de cuestionar las actitudes de Jason y centrarme en lo realmente importante. Había vuelto al pueblo donde nací con la intención de esconderme. Así que, si no quería que Jason me echara de su casa, debía aceptar sus reglas y convivir con su comportamiento bipolar.

¡Tenía que estarle agradecida!

Cuando bajé las escaleras, escuché el ruido de un cascabel acercándose a mi dirección.

¡Era Diablo!

—Buenos días, «grandullón».

Me puse de rodillas y le rasqué detrás de las orejas. Aquello pareció

gustarle porque no dejó de mover la colita.

Zeus también se acercó hacia mí para darme un lametazo en la cara.

Yo no pude reprimir una carcajada ante los celos del dalmata, quien se puso boca arriba para que le rascara la barriga y así dejara de acariciar a Diablo.

Pero, de repente, el «perro de dos patas» apareció en escena. Jason me observó desde la puerta y cuando se dio cuenta de que lo estaba observando, su mirada se volvió acerada.

—No tengo todo el día, vaquera. Te he dejado el desayuno encima de la mesa. Cuando termines, ven al granero.

Yo asentí lentamente con la cabeza cuando él me dio la espalda y salió afuera.

—Creo que alguien se ha levantado de malas pulgas —murmuré con gracia, mientras Zeus y Diablo me observaban con la cabeza ladeada.

Me incorporé del suelo y me puse en marcha. Hice caso a Jason, ya que lo último que quería ese día era hacerlo enojar, y me acerqué a la cocina para desayunar. Para mi sorpresa, Jason sí que sabía cocinar o, por lo menos, sabía hacer las mejores tortitas del mundo.

«Dios», pensé cuando di el primer mordisco.

Devoré a bocados las tres tortitas y lamí los dedos llenos de sirope sin dejar ningún rastro.

«¿Cuándo fue la última vez que comí unas tortitas caseras? ¿Hace diez años?», pensé.

¡Uff!

Había experimentado en mi boca una explosión de sabores que me hicieron gemir.

Recogí la mesa, lavé los platos y salí afuera. El aire fresco golpeó en mi cara y no pude reprimir una sonrisa. Era pensar que todo esto ya no pertenecía a mi familia, sino a un simple extraño con repentinos cambios de humor.

Cuando bajé las escaleras del porche me di cuenta de que mi auto ya no estaba. Hice una mueca, preguntándome qué habría hecho Jason con él aunque,

la verdad, tampoco me importaba mucho. Deshacerme del coche implicaba librarme de mi pesadilla, quien sabía perfectamente la matrícula, la calle donde antes vivía y el nombre falso que usé para trabajar en la ciudad.

No tenía ni la menor idea de cómo él era capaz de encontrarme, ¡pero siempre lo conseguía!

Me dirigí hacia el granero, tratando de dejar de pensar en aquello, y observé las puertas abiertas de par en par.

Tragué saliva con dificultad cuando escuché ruidos en el interior. Inspiré y expiré con fuerza, intentando calmar mis nervios. No quería que mis piernas me flaquearan o que el corazón me saliera del pecho. Jason era un simple hombre, ¡nada más! No tenía de qué preocuparme.

¡Error!

Cuando entré en el granero, un fuego ardiente y desconocido se adueñó en mi interior. La boca se me secó, e inconscientemente de mis actos, me pasé la lengua por los labios mientras observaba a Jason cortar leña.

Tenía todo el torso desnudo y sudado. Vestía unos vaqueros viejos y un cinturón marrón del mismo color que sus botas. Estaba totalmente concentrado en su trabajo y yo concentrada en cómo él ejercía su trabajo. Cada vez que descargaba el hacha sobre el tronco de madera, se le marcaban los músculos de la espalda.

Joder, Jason no era un hombre... ¡era un dios griego!

Me maldije por dentro, tratando de reprimir el impulso de acercarme a él y acariciar su espalda.

¡Reprimir el deseo de tocar todo su cuerpo!

Antes de que él alzara el hacha, se dio cuenta de que lo estaba observando. Ahogué un grito en mi interior y las mejillas se me encendieron de golpe.

Jasón alzó una ceja de manera egocéntrica, junto con las comisuras de sus labios.

—Si quieres puedes sacarme una foto, vaquera —murmuró con un deje sarcástico que me golpeó en el orgullo.

—Ególatra... —refunfuñé entre dientes.

Jason sonrió ladino, alzó el hacha y la golpeó contra un enorme tronco que se partió en dos trozos.

Yo me sobresalté cuando él se acercó a mí con aire adusto, sin dejar de escrutarme de arriba abajo.

—¿Vas a trabajar así? —me cuestionó, frunciendo la nariz.

Yo me observé y alcé los hombros con parsimonia.

—Tengo calor —respondí.

Jason volvió a sonreír y la magia de su sonrisa hizo efecto, otra vez, en mi cuerpo.

—¿Está usted caliente, señorita Wood? —me preguntó, pasándose la lengua por los labios, mientras el sudor humedecía su rostro y el pelo se le pegaba en la frente.

¡Joder, aquel cabello negro como el carbón que tanto deseaba tocar!

—Sí, señorito Scott, estoy literalmente ardiendo. Así que le recomiendo mantenerse alejado de mí, si no quiere terminar quemándose —contesté con voz suave y dulzura fingida.

La perplejidad que se reflejó en el rostro de Jason me hizo sentir triunfadora, pero el deseo de la victoria se esfumó cuando sus ojos se nublaron de malicia.

—El que no arriesga, no gana —dijo, acercándose a mí con seguridad.

Caminé hacia atrás como un acto reflejo, pero Jason se acercó más. Di un paso más hacia atrás y sentí la pared contra mi espalda.

«Mierda».

Él, con las manos en los bolsillos como si tratara de controlar el deseo de acariciarme, me escrutó con intensidad. Entonces, sus ojos de color azul me hicieron recordar un momento del pasado...

—*Deberían ponerle tu nombre al lago del pueblo —dije con sinceridad, sentada en las escaleras del porche, mientras Derek limpiaba la camioneta vieja de mi abuela.*

Él sonrió con timidez sin dejar aclarar el jabón de la carrocera.

—¿Por qué?

—Porque tus ojos azules me recuerdan al lago del pueblo.

Derek me observó con las mejillas sonrojadas y un brillo especial en los ojos.

—Pero no te emociones porque en invierno, el lago se transforma en una terrorífica zona pantanosa llena de verdín y mosquitos. ¡Ag!

—Sara, Sara... —murmuró con voz amenazadora.

—¡Ah! —chillé cuando él me mojó con la manguera—. ¡Derek, para! —exclamé, rompiendo en carcajadas estridentes mientras escapaba de él.

Parpadeé repetidas veces, volviendo a la realidad.

Tragué saliva cuando me di cuenta de que Jason estaba más cerca de lo que hubiera querido. Sin esperármelo, me apartó el cabello de los hombros con delicadeza y sacó de su bolsillo trasero una visera negra.

—Quiero que me ayudes a limpiar el granero —exigió, colocándome la visera en la cabeza y volviendo a separarse de mí—. Quiero que guardes las pacas de heno en la segunda planta, mientras yo me ocupo de que esta noche no pasemos frío —dijo, apoyando el hacha en su hombro.

Asentí con la cabeza y sentí que la boca se me había secado de súbito. Jason me ponía nerviosa. No sabía por dónde pillarlo. Pensaba que iba a besarme o, al menos, acariciarme, pero nunca pensaría que su verdadera intención era regalarme una visera.

¡Qué ridiculez!

No había sol, ni siquiera el cielo estaba despejado.

Salí afuera, cogí la primera paca de heno y me di cuenta de que no pesaba tanto como había creído. Así que, poco a poco, subí y bajé las escaleras del granero para arrinconar todas las pacas contra una esquina en la segunda planta del granero.

Cada vez que pasaba por el lado de Jason, una corriente eléctrica sacudía mi cuerpo entero. Por el contrario, él seguía ensimismado en su trabajo y apenas volvió a dirigirme la palabra durante el resto de la mañana.

Dejé que el tiempo pasara con parsimonia mientras pensaba en mi abuela

Angie. En cada rincón del granero había un montón de buenos recuerdos junto a ella. Momentos tiernos que perduraban en mi cabeza y de los cuales estaba agradecida de no perderlos.

—¡Uff! —expresé, cuando subí las escaleras con la última paca de heno para colocarla encima de las anteriores.

Sentí cómo los brazos me comenzaron a arder, como si el sol me hubiese quemado. El cielo estaba invadido de nubes, pero hacía muchísimo calor. El tiempo que estuve afuera, recogiendo las pacas de heno, fue suficiente como para que el sol me dejara los hombros completamente rojos.

Saqué la visera de la cabeza y sentí un cosquilleo en el estómago.

¡Jason se había preocupado por mí!

Si no fuera por él, probablemente habría sufrido un golpe de calor.

Cuando me di la vuelta, con la intención de bajar a la primera planta para avisar a Jason de que había terminado con mi trabajo, algo brillante en el suelo captó mi atención. Fruncí el ceño y caminé entre las pacas de heno.

Me acuclillé, aparté la suciedad con las manos y abrí la boca con sorpresa cuando encontré una moneda.

Era un «amuleto» que yo le había regalado a Derek cuando era una cría, pero que él lo perdió sin querer hace muchos años.

Sentí una lágrima correr por mi mejilla. Apreté la moneda en mi mano mientras la rabia invadía mi interior. Las cosas no debieron terminar así entre nosotros dos, ni mucho menos podía culpar a Derek de lo que me sucedió.

Limpié las lágrimas y me sorprendí cuando un pequeño montículo de hierba seca empezó a moverse. Arrugué la frente y me acerqué más, curiosa por descubrir qué demonios había allí escondido.

—¡Ah! —grité histéricamente, cayendo sobre una paca de heno, cuando un pequeño ratoncito empezó a correr lejos de mí.

Sinceramente, el pobre animal parecía más asustado que yo.

De repente, escuché a Jason en la planta baja del granero.

—¡Sara!

Su voz parecía preocupada y, en menos de un minuto, subió arriba para ver

qué era lo que había sucedido.

El miedo se reflejó en su cara, mientras su pecho subía y bajaba con brusquedad.

Se acercó a mí, se arrodilló y me observó detenidamente, con suma curiosidad.

—¿Estás bien? —me preguntó, aún con los músculos tensos y ardientes.

Yo lo observé perpleja.

Definitivamente, aquel hombre me desconcertaba hasta el punto de enloquecerme. Por momentos parecía que estaba conviviendo con alguien conocido, pero la realidad volvía a golpearme en la cara para recordarme que él era un simple desconocido.

—Sí...l-lo siento...y-yo... vi una rata enorme. Era más grande que Diablo y... —dije, aún consternada por lo ocurrido, y exagerando demasiado la situación.

Él, ajeno de mis palabras, me escrutó con intensidad. Tragué saliva con dificultad cuando sus ojos me desnudaron. Estaba encima de una paca de heno con el cabello revuelto y llena de suciedad.

«¿Qué estará pensando ahora mismo?», pensé, un poco insegura de mí misma.

La nuez de Jason subió y bajó varias veces, con la mirada completamente perdida en mí.

No sabía por qué, pero mi excitación estaba a flor de piel y las palpitaciones en mi entrepierna aumentaron. Esa lujuria en su mirada azul cielo me hacía sentir bien, ¡como si fuera deseada! Pero también me hacía sentir mal porque, quisiera o no, los ojos de Jason me recordaban a los de Derek.

¡Y, muy a mi pesar, me hacían recordar a mi pesadilla!

Jason tenía la mandíbula tensa como si estuviera apretando los dientes.

—He terminado con el trabajo —dije, tratando de romper el incómodo silencio que se había formado.

La mirada de Jason abandonó mis ojos marrones, lentamente, para clavarla

en mis labios.

—Voy a quemarme, Sara... —murmuró con rabia.

Antes de que yo le preguntara qué demonios significaba aquello, él se abalanzó sobre mi cuerpo como un león famélico.

Gemí con sorpresa, llevando mis dedos a su cabello azabache. Jason apoyó su frente con la mía, casi rozando nuestras narices, mientras nuestros alientos se mezclaban. Desesperada ante la llegada de un beso, lo atraje más hacia a mí como si fuera un imán.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me está pasando?».

Él, colocándose entre mis piernas, gruñó con la mirada nublada por el deseo.

—Sara... —murmuró con voz ronca, acariciando mis labios con los suyos.

—Derek... —solté sin pensármelo, perdida de completo placer y excitación.

Él, entre una mezcla de rabia y dulzura, tiró de mi cabello hacia atrás y me besó con voracidad.

Apenas podía respirar, mientras nuestras lenguas luchaban frenéticamente avivando aún más el deseo entre nosotros.

—Ah... —gemí suavemente cuando su mano, cálida como el fuego, me acarició la cara interna del muslo.

Jason aprisionó mi labio inferior entre sus dientes y acercó su boca hacia mis hombros.

—Qué irónico, Sara —dijo con voz cavernosa—. Al final, la que se ha quemado has sido tú.

—¡Uff!

Sus labios, suaves como la seda, trazaron una hilera de besos desde el cuello hasta mi boca. Yo envolví mis piernas alrededor de su cintura y él gruñó como un animal cuando le rocé con la mano su miembro erecto, atrapado tras la cremallera de los vaqueros.

A punto de dar un paso más adelante, y probablemente terminar desnudos encima de una paca de heno, se escuchó el motor de un coche.

Yo abrí los ojos como platos mientras el miedo crecía en mi interior.

Jason, quien aún estaba encima de mí, me observó totalmente sorprendido por mi reacción.

Parpadeó varias veces, se incorporó y me escrutó con mayor intensidad.

—Quédate quieta y no salgas de aquí —me ordenó con voz firme y contundente.

Yo no pude decir ni una palabra. Me había quedado paralizada de tal manera que no habría podido moverme de donde estaba. Solamente podía sentir cómo el sudor frío corría por mi espalda.

Y aunque aún estaba bajo los efectos del beso de Jason y con la mente invadida de ideas, eso no me impidió escuchar con atención lo que sucedía allí afuera.

—¿Qué ha pasado ahora? Te dije que no quiero que os acerquéis por aquí —dijo Jason con voz seca, como si estuviera enfadado.

—Lo siento, señor —respondió otra voz masculina que no se me hizo para nada conocida.

En ese instante, sentí un alivio inmenso cuando me di cuenta de que mi pesadilla no me había encontrado. Así que, aún con las piernas temblando, me incorporé de rodillas y me acerqué hasta la ventana del granero.

—He venido porque ha surgido un problema en una de las propiedades del Este. Han roto las vallas y han robado gran parte del ganado —dijo el hombre desconocido.

Yo lo escruté con intensidad. Era un individuo de complexiones fuertes, facciones duras, trajeado y con gafas de sol negras que ocultaban su mirada. Su coche, de alta gama y del mismo matiz que su ropa, me hizo confirmar que aquel hombre pertenecía a la clase alta.

«¿Por qué lo llama señor?», pensé.

Jason, cómo si sintiera que lo estaba vigilando, giró su cabeza y alzó la vista a la ventana del granero.

Yo, sorprendida y atemorizada cuando nuestros ojos se encontraron, me escondí de nuevo. El corazón comenzó a palpitarme a una velocidad

vertiginosa, presa de la excitación del momento.

—No puedo hablar aquí, las paredes tienen oídos —habló Jason, consciente de que lo estaba escuchando—. Más tarde me acercaré allí a ver qué demonios ha sucedido. Pero para la próxima vez, Hugo, llámame o tendré que despedirte.

—Mis disculpas, señor. No volverá a suceder.

Volví a asomarme por la ventana cuando escuché el ruido de un motor. Entonces, me di cuenta de que el hombre trajeado ya se había ido mientras Jason, con las manos en los bolsillos, observó cómo el coche se alejaba por la carretera.

—¡Sara! —gritó mi nombre con fuerte voz. Yo me sorprendí de tal manera que casi me caí—. Baja de ahí... ¡ahora!

De repente, se me erizó el vello de la nuca y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

La expresión de Jason no auguraba nada bueno.

—Estoy perdida... —murmuré en voz baja.

Bajé la escalera de madera temblando, temerosa de tropezar y caer. Me sudaban las manos y el corazón parecía que, en cualquier momento, me saldría disparado del pecho.

Caminé a cortos pasos hacia Jason, siendo escoltada por Zeus y Diablo. Tragué saliva con dificultad cuando sus ojos conectaron con los míos.

¡Joder!, no sentía miedo, sino excitación. Y eso... ¡eso no me gustaba nada!

De nuevo, el silencio se cernió sobre nosotros y mis nervios ascendieron por mi estómago. Mordí el interior de mi mejilla cuando me vi obligada a bajar la vista al suelo para evitar la intensidad de sus ojos color azul claro, como el cielo en un día de verano.

—Tengo que arreglar unos asuntos —habló él, rompiendo la tensión y el silencio que reinaba entre ambos—. Volveré por la noche. Intenta no lesionarte mientras no esté en casa. Tengo suficientes problemas como para trabajar de niño.

Cuando alcé la vista, me di cuenta de que su rostro estaba muy próximo al mío. Me observó con una mezcla de deseo y enojo, algo que me hizo hervir la sangre.

¡No entendía sus comportamientos!

¡Estaba harta!

—Vale, señor —respondí con sarcasmo, esperanzada de que aquello lo hiciera desquiciar.

Quería darle a probar su propia medicina amarga.

Jason alzó una ceja y sus facciones se relajaron por un instante. Ahora, más que cabreado, parecía estar sorprendido.

—No tienes ni la menor idea de lo que me pone eso.

Ahugué un grito y abrí la boca también sorprendida.

«Maldito ególatra condenadamente atractivo», pensé.

Lo observé, cabreada, y ambos sostuvimos nuestras miradas.

—No te hagas la ofendida, vaquera. Si no hubiese llegado el coche, tú y yo... —dijo con una sonrisa ladina sin dejar de observar el granero.

Yo apreté los labios, sintiéndome completamente humillada.

No era una mujer físicamente fuerte, pero sí tenía la capacidad para defenderme verbalmente. Así que permanecí callada por el temor de cometer una estupidez de la cual me arrepentiría mañana.

Jason me estaba dando cobijo en su casa y, por ahora, no tenía otro sitio adónde ir.

Giré sobre mis talones y caminé de regreso a la casa sin dejar de apretar los puños, pero él me agarró el brazo y tiró de mí con fuerza, consiguiendo que me estampara contra su fornido cuerpo.

Pese a mi sorpresa y cabreo, no pude evitar sonrojarme. Alcé la vista y vi que él estaba sonriendo con picardía. Yo, harta del comportamiento sumiso que estaba adoptando con él, intenté separarme.

Jason se dio cuenta e hizo más presión en sus brazos, impidiendo que me alejase de él.

Entonces, su sonrisa desapareció repentinamente.

—¿Quién es Derek? —me interrogó con una mirada curiosa.

Su semblante estaba serio, o más bien parecía cabreado.

—¿Quién es Hugo y por qué te llama señor? —inquirí yo, haciendo caso omiso a su pregunta.

Él, inesperadamente, deshizo el abrazo y me miró con intensidad.

—Volveré por la noche. Espérame despierta —respondió con una tranquilidad desquiciante, mientras caminaba hacia su camioneta roja.

Yo pestañee varias veces con incredulidad.

¡Me había dejado plantada con la pregunta en la boca!

Fruncí el ceño, viendo cómo Jason encendía el motor. Él, desafiante y sonriente, me guiñó un ojo.

En respuesta, alcé el dedo corazón haciendo una peineta. Había creído que aquello lo enojaría, pero no. Jason carcajeó a mandíbula batiente y salió de allí derrapando.

Yo me quedé un buen rato viendo cómo se alejaba, mientras los dos perros me observaban con la cabeza ladina.

—Lo odio...

¡Y era cierto!

Lo odiaba cuando me hacía reír o sonrojar. Era un ególatra. Un hombre con un físico impresionante, con un cuerpo escultural y esculpido por el duro trabajo en el campo. Tenía unos ojos azules que te atravesaban el alma y un cabello negro y espeso tentador de ser acariciado. Su voz era tan profunda y seductora que conseguía erizarme hasta el último vello del cuerpo.

Está bien, está bien... En realidad, y siendo del todo sincera, no lo odiaba.

Jason Scott me gustaba, sí, ¡pero porque él me recordaba a Derek!

5.

La casa estaba muy silenciosa, si no fuera por el tictac del viejo reloj de cuerda de la abuela Angie.

Froté mis brazos para sacarme la piel de gallina cuando empezó a tronar con fuerza. Las tormentas de verano en el pueblo eran tremendamente atroces e intensas.

Me acerqué a la ventana y lo único que pude observar fue la oscuridad de la noche mezclada con las gotas de lluvia adheridas al cristal.

En los últimos nueve años me había acostumbrado a la soledad, pero en estos dos días junto a Jason me di cuenta de que estar sola no me agradaba demasiado.

De repente, un rayo cayó en la casa y alumbró la ventana. Todas las luces se apagaron al mismo tiempo y yo no pude reprimir un grito.

En aquellos momentos me sentí completamente vulnerable. Añoraba el calor familiar, ¡extrañaba a mi abuela Angie!

Me sobresalté cuando aparecieron unos ruidos en la puerta trasera, hasta que mis nervios se relajaron cuando escuché el cascabel de Diablo.

Los dos perros se escondieron debajo de la mesa de la cocina, sin poder dejar de temblar de miedo.

Otro trueno hizo temblar la casa y Zeus empezó a aullar.

«¡Genial!».

Ya estaba sudando, pero con los aullidos tenebrosos de Zeus me había cagado de miedo.

Volví a observar por la ventana, mientras la lluvia arreciaba, y me di cuenta de que la camioneta roja de Jason estaba aparcada frente al porche.

Caminé con cuidado, palpando a tientas las paredes para guiarme. La

puerta de la entrada se abrió y di un respingo.

¡Jason ya estaba dentro!

Quedé quieta con las piernas temblorosas, sin saber por dónde iba a aparecer él.

Entonces, escuché sus pasos.

—¿Jason? —pregunté, casi en un susurro.

—¿Tienes miedo, vaquera? —habló él, con voz profunda y cavernosa, consiguiendo erizarme la piel de todo el cuerpo.

Yo humedecí los labios e intenté observar en la oscuridad.

—No —respondí con seguridad.

Otro rayo cayó en el jardín, iluminando el salón. Aproveché aquellos segundos para observar a Jason, quien estaba justamente enfrente de mí. Nuestras miradas se conectaron con tanta intensidad que me olvidé del trueno que estalló a continuación.

Abrí la boca sorprendida cuando escuché sus pasos aproximándose a mí. Pegué la espalda contra la pared y jadeé cuando su mano, fría y húmeda, me acarició la cintura.

Antes de que pudiera pronunciar algún tipo de palabra, Jason me acorraló contra la pared y alzó su brazo derecho hacia el cuadro eléctrico que estaba encima de mi cabeza. Cuando la luz volvió a encenderse, sentí un ardiente deseo de estrecharme contra él.

Jason estaba literalmente empapado. La tela de la camisa se le había pegado a los músculos, mientras gotas de agua caían desde su cabello. Su mirada azul cielo denotaba a un hombre seguro de sí mismo.

Jason me observó durante un momento, antes de clavar la vista en la cocina. Pude observar un brillo especial en sus ojos cuando vio una fuente de lasaña encima de la mesa.

Tragué saliva con dificultad cuando recordé el verdadero motivo de haber cocinado una lasaña casera:

¡Era el plato preferido de Derek!

Jason volvió a mirarme y, de improvisto, giró sobre sus talones para

caminar hacia las escaleras.

—Dame cinco minutos para cambiarme. Bajo ahora —dijo, dándome la espalda.

Respiré hondo y conté mentalmente hasta diez. Sentí los latidos frenéticos de mi corazón contra el pecho.

Aunque mi cabeza sabía que Jason no era mi hermanastro, mi corazón no lo entendía. Cada vez que su mirada transmitía algún tipo de sentimiento, juraría que el hombre que tenía enfrente de mí no era un desconocido.

Masajeé la frente, negué con la cabeza y me acerqué a la cocina. Zeus y Diablo aún estaban escondidos debajo de la mesa, pero por lo menos la tormenta había aminorado un poco su violencia.

Abrí la puerta del horno y observé con detalle el postre que había hecho. Y sí, nuevamente había cocinado el postre preferido de Derek.

Cerré la puerta de un golpe cuando escuché a Jason bajar las escaleras. Inconscientemente, mi pulso comenzó a temblar de una manera vertiginosa.

Él, parado bajo el marco de la puerta de la cocina, me escrutó con intensidad. Vestía una camiseta blanca, unos pantalones de chándal color gris y una toalla alrededor de su cuello.

Tomé una bocanada de aire y me senté. Él me imitó sin retirar su mirada de mí.

Cogí el cuchillo, corté un trozo de lasaña y se la puse en el plato. Hice lo mismo conmigo y ambos empezamos a cenar en un sepulcral silencio.

Cuando Jason saboreó la lasaña, cerró los ojos y sus facciones se relajaron.

Hice todo lo posible para reprimir una risilla.

—La salsa de tomate no está muy bien triturada. He tenido que improvisar —dije.

—Está buenísima —aclaró él, deslizando lentamente la punta de su lengua por los labios—. La lasaña es mi comida favorita.

Tragué saliva, con los nervios a flor de piel.

Apoyé el tenedor en el plato para que Jason no viera cómo me temblaba la

mano. Cogí el vaso de agua y bebí un buen trago.

«Solo es una coincidencia. ¡Relájate!».

Jason, quien no dejó de sonreír con picardía, apoyó sus antebrazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Estás nerviosa, Sara? —me preguntó, demasiado cerca de mi cara.

Yo carraspeé con fuerza y negué con la cabeza. Jason, sin borrar la sonrisa de su cara, acarició mi brazo con su mano callosa. Abrí los ojos como platos cuando sentí una sensación de calidez que me recorrió de pies a cabeza.

Me levanté de la silla nerviosa y le di la espalda. Llevé la mano al pecho mientras sentía que el corazón se me salía por la boca.

«Inspira, expira, eso es. Toma aire».

Abrí la puerta del horno, saqué con cuidado el bizcocho y lo coloqué encima de la mesa.

«Di que no te gusta el bizcocho, por favor. ¡Dilo!», rogué para mis adentros.

¡Quería dejar de fantasear con Derek!

Jason se quedó un rato en silencio sin dejar de observar el postre, hasta que clavó su mirada dubitativa en la mía y se incorporó del asiento.

Él se acercó a mí, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—Al final, has hecho el postre —dijo con voz suave y cálida.

Yo asentí lentamente sin quitarle el ojo, mientras se acercaba más a mí.

—Sara, ¿quién es Derek? —preguntó sin poder contener la curiosidad.

La pregunta me tomó desprevenida.

—¿Quién es Hugo y por qué te llama señor? —inquirí yo, mostrándome firme.

—Eso son dos preguntas, vaquera —dijo él, apoyándose en el borde de la mesa y cruzando los brazos sobre su pecho—. Dime quién es él y responderé tus dudas.

Sentí la garganta seca y dudé varias veces antes de hablar. Tragué saliva y,

finalmente, le confesé en voz baja:

—Derek es mi hermanastro.

Jason se mostró impasible, pero alzó una ceja interrogante.

—¿Tu hermanastro te pone sexualmente?

Aquello me tomó por sorpresa y tartamudeé.

—Y-yo... l-lo que sucedió e-en el granero entre t-tú yo... y-yo... ¡no! —exclamé perdiendo los nervios y sintiéndome ofendida—. ¡Es mi hermanastro, por Dios!

—Claro, él es tu hermanito —dijo con una sonrisa fanfarrona—. Por eso en el granero gemías su nombre cada vez que te acariciaba y besaba. —Yo abrí los ojos espantada y completamente avergonzada. Sentía que me ardían las mejillas—. No te culpo si me estás utilizando para recordar a otro hombre, Sara —aclaró y dejó pasar unos segundos antes de hablar—. Yo llevo años haciendo lo mismo —confesó, apoyando las manos en la encimera y acorralándome—. Cada vez que follo con una tía no dejo de pensar en la mujer que amo—me espetó con brusquedad.

Yo negué con la cabeza para reafirmar mi comentario.

—Te estoy diciendo que es mi hermanastro. Nunca tendría nada con él... ¡ah!

Con un rápido movimiento, Jason empujó su cuerpo contra el mío y me aprisionó contra la encimera.

—¿Esto te acuerda a él? —me preguntó, susurrándome al oído.

Yo ahogué un gemido cuando sentí un cosquilleo en mi interior.

—No.

—¿Estás segura, Sara? —volvió a cuestionarme mientras trazaba una hilera de besos por todo mi cuello.

—S-sí... —tartamudeé con los ojos cerrados y, con un esfuerzo sobrenatural, lo aparté de mí de un empujón.

Volvimos a observarnos con una intensidad que asustaba.

—Ahora, te toca a ti —dije, señalándolo con el dedo índice.

Él asintió sin dejar de sonreír como si la situación fuese graciosa.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con una tranquilidad desquiciante.

—¡Deja de jugar conmigo! ¿Quién es Hugo? —lo urgí.

—Ah, Hugo... —contestó con sorpresa fingida—. Es mi hermanastro —dijo, guiñándome un ojo.

Juraría que por mi nariz salía humo y que mi yugular estaba hinchada.

—Claro, ¿cómo no! Tu hermanastro te llama señor...

—¡Eh!, ¿qué demonios haces? —me preguntó cuando retiré el bizcocho de la mesa, antes de que él lo tocara.

—Hago justicia, señor—dije, recalcando la última palabra con sarcasmo—. Si no vas a contestar mis preguntas, no tendrás postre.

Vale, más que una discusión entre dos adultos aquello parecía una riña de una madre con su hijo pequeño.

Jason alzó los hombros y los dejó caer con pesadez.

—Da igual, no me gusta el bizcocho.

No sabía por qué, pero mi alma se rompió en mil pedazos. Escuchar aquella confesión fue como romper la ilusión de mi corazón. Ya no había motivos para fantasear con Derek, ¡porque Jason no era él!

— De todos modos, Sara, no te olvides de que soy el dueño de esta casa. Me gusta la justicia y, por esta vez, no haré nada. Pero espero que sea la última vez que me retas... —dijo con tono acerado.

Yo fruncí el ceño y apreté los puños con fuerza.

—Por supuesto, señor —murmuré con los dientes apretados—. Espero largarme lo antes posible de aquí y que no nos volvamos a ver nunca más.

Observé su mandíbula tensa y un brillo de tristeza en sus ojos. Me sentí mal por lo que había dicho y cómo lo había dicho. Esa cólera que sentía no era real y, por supuesto, lo que le había dicho tampoco lo era.

Jason esbozó una sonrisa débil.

—Ya estoy acostumbrado a que me abandonen, Sara —dijo y su respuesta me sorprendió por completo—. Buenas noches, vaquera.

6.

—¡Uff!

Di vueltas y más vueltas en la cama, intentando buscar una postura cómoda. Intenté conciliar el sueño, pero no fui capaz.

Froté la cara con las palmas de las manos sin dejar de suspirar. La lluvia arreciaba con fuerza contra las ventanas y a lo lejos aún se podían escuchar los truenos.

Me senté en el borde de la cama y abrí el cajón de la mesita para buscar la foto de Derek. Acaricié la imagen con tristeza. Ya no era una niña. Ya tenía veintiocho años y debía afrontar los problemas cara cara. Estaba harta de esconderme y de reprimir mis sentimientos por el temor de que mi pesadilla me encontrase.

¡No quería esa clase de vida para mí!

Caminé de puntillas por el pasillo, intentando no despertar a Jason. Lo que menos quería ahora era encararme con él, después de lo que sucedió en la cocina. Me sentía destrozada por dentro.

«Da igual, no me gusta el bizcocho».

No podía dejar de pensar en aquella frase. Me había hecho falsas ilusiones, a pesar de que mi cerebro luchó constantemente contra mi corazón.

¡Pero era imposible dejar de pensar que Jason era Derek!

Cada vez que sus ojos azul cielo me observaban con intensidad, algo en mi interior me advertía que él era Derek. Si me concentraba, podía ver en el fondo de su mirada el lago del pueblo.

Encendí la luz de la cocina, acaricié a los perros que aún estaban asustados y abrí la nevera para coger la botella de leche.

Intenté alzarme de puntillas para coger un vaso del armario, y entonces me di cuenta de que el bizcocho no estaba sobre la encimera.

—¿Estás birlando en mi nevera? —preguntó Jason, sobresaltándome.

Yo pegué un salto con el susto y lo observé.

Jason estaba de pie, pegado en la esquina de la cocina, y devorando un trozo de bizcocho.

Parpadeé varias veces, sin acabar de creer lo que estaba viendo.

—Me dijiste que no te gustaba el bizcocho —dije con la voz temblorosa.

Los labios de Jason se torcieron en una seductora sonrisa. Mi corazón empezó a latir descontrolado cuando sus ojos se clavaron en mí.

—Te mentí —contestó con parsimonia—. Me encanta tu «bizcochito», Sara —dijo con picardía, consciente del doble sentido de sus palabras.

Yo giré sobre mis talones y le di la espalda.

Traté de controlar la respiración agitada y las pulsaciones de mi corazón.

«No es él, no es él», repetí mentalmente.

—¿Me vas a decir qué estás haciendo en la cocina?

Yo pegué un respingo cuando me di cuenta de su proximidad. Me di la vuelta, apoyé mi trasero contra la encimera y me agarré a ella cuando sentí que las piernas me flaquearon.

—Tenía sed y ganas de comer un trozo de bizcocho —dije, cuando observé el plato vacío sobre la mesa—. Supongo que tendré que hacer otro...

Jason sonrió con picardía y se pasó la lengua por los labios, mientras me escrutaba con mayor intensidad.

— El postre ya está servido, Sara...

Yo fruncí el ceño sin comprender a qué se refería, hasta que él se abalanzó sobre mí, me cogió en volandas y me sentó sobre la encimera.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté con voz temblorosa, cuando él subió la tela de mi camiseta.

—Algo que llevo queriendo hacer desde hace años, Sara.

Gemí con sorpresa cuando él se arrodilló y me besó la punta de los dedos de mis pies. Lo miré con una mezcla de miedo y excitación, cuando sus labios

ascendieron por mi pierna izquierda.

Sentí la boca seca y un hormigueo extraño por todo el cuerpo. Tuve dos parejas durante un corto tiempo, uno de ellos compañero en mi antiguo trabajo, pero lo que estaba sintiendo ahora mismo con Jason nunca lo experimenté con ningún hombre.

¡Maldita sea!

Jason era capaz de hacerme temblar las piernas con una sonrisa.

Mordí el labio inferior cuando su lengua llegó a la unión entre mis piernas. Él alzó la vista para mirarme y, sinceramente, apostaría a que mi cara estaba roja como un tomate.

Nos quedamos observando por un largo tiempo mientras él seguía besándome los muslos sin retirar su mirada de la mía.

¡Demonios, esto era demasiado excitante!

Jason sopló en el encaje de mis braguitas, consiguiendo que arqueara mi espalda y que mi entrepierna se humedeciera.

¡Maldita sea, aquello no era normal!

—Derek, por favor...

Abrí los ojos y lo miré fijamente, a lo que él sonrió. Estaba tan ensimismada que no me di cuenta de lo que había dicho. Traté de pensar en otra cosa para enfriar el calor que sentía por dentro.

Negué con la cabeza repetidas veces, me bajé de la encimera y estiré la camiseta para cubrirme el trasero.

Pasé por su lado con la mirada clavada en el suelo, pero él me agarró por la muñeca y tiró de mí.

Un trueno sonó muy cerca y la lluvia empezó a golpear la ventana, consiguiendo romper el silencio.

Jason inclinó la cabeza para observarme, apenas le llegaba por la barbilla. Tuve que parpadear varias veces para controlar las lágrimas.

¡No quería llorar delante de él!

—¿De quién te escondes, Sara? —me preguntó, pillándome totalmente

desprevenida.

Yo me mostré reticente a hablar y me perdí en sus ojos azules.

—¿Qué llevas ansiando desde hace años, Jason? —inquirí, recalcando su nombre—. Si ese es así como te llamas...

Él tragó saliva con fuerza.

Parecía impasible ante mis dudas sobre su verdadera identidad.

—A ti.

Tragué saliva con dificultad y traté de relajarme respirando hondo.

—¿A mí? —pregunté con gracia—. Dime Jason, ¿qué clase de hombre es el que permite que una mujer lo utilice para fantasear con otro tío?

Él, con la mandíbula tensa, me agarró por la nuca y me observó con intensidad.

Sus ojos expresaban tristeza y decepción.

—La clase de hombre que está enamorado hasta los huesos de esa mujer. La clase de hombre que le da igual su orgullo y lo que digan de él. La clase de hombre que no es rencoroso porque lo hayan abandonado sin darle una mínima explicación. ¡Esa es la clase de hombre que soy yo, Sara! —exclamó en un grito.

Apreté los dientes y luché contra las lágrimas.

No sabía por qué me sentía tan afectada por sus palabras. No tenía la culpa de que le hubieran roto el corazón, ¿o sí?

—¿Quién eres realmente, Jason? —inquirí con voz insegura.

Su cuerpo se envaró de forma automática y se separó de mí. Se pasó la mano por el cabello en actitud nerviosa, sin dejar de maldecir por lo bajo, pero yo alcancé a oírlo:

—Eres más importante que el oxígeno, joder...

Sentí cómo el corazón se me paralizó en cuanto lo escuché y cómo las piernas me temblaron.

—Dime que no eres él... —murmuré con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

La única manera de convencerme a mí misma, de una vez por todas, era escuchar de su boca la verdad.

Jason volteó a verme y nuestras miradas se conectaron, pero él la alejó de inmediato. Agachó su mirada al suelo, cogió las llaves de la mesa y salió por la puerta principal hecho un basilisco.

Fruncí el ceño, confusa por su cobardía, cuando escuché el ruido del motor alejándose de la vivienda.

Quedé paralizada en la cocina, sin apenas pestañear. Una profunda tristeza me envolvió, consiguiendo que mi corazón apenas palpitara.

Sequé las mejillas con el dorso de la mano y subí a la segunda planta.

Estaba harta de vivir entre mentiras.

¡Mentiras que yo misma había creado para mantenerme a salvo durante todos estos años!

Cuando llegué a mi habitación, abrí el cajón de la mesita de noche y saqué la foto.

Me senté en el borde la cama con la respiración completamente agitada y, con la mano literalmente temblando, le di la vuelta a la fotografía y leí el mensaje que estaba escrito por detrás:

«Para mí, Sara, eres más importante que el oxígeno. DB».

7.

Como era de esperarse, Jason no estaba en casa.

Pasé toda la noche en vela, aguardando a su llegada para seguir bombardeándolo con preguntas. Había recorrido toda la casa, de un lado para otro, sin dejar de pensar qué hacer.

¡Estaba muy nerviosa e inquieta!

Harta de caminar en círculos, frené en seco y observé fijamente la puerta principal. Miles de ideas recorrieron por mi cabeza sin cesar, pero cada una era tan peligrosa como hacer el pino al borde de un precipicio.

—¡Joder! —chillé con rabia.

No podía ir al pueblo y arriesgarme a que alguien me reconociera, pero si quería saber quién era realmente Jason Scott debía hacerlo.

¡Tenía que arriesgarme!

Me acaricié la nuca sin dejar de pensar en aquella descabellada idea, hasta que las puntas de mis dedos rozaron las cicatrices.

Cerré los ojos y apreté los dientes con fuerza.

Ya no era miedo lo que sentía ahora mismo, sino rabia y sed de venganza. Sabía que, hiciera lo que hiciese, mi pesadilla me encontraría y que la única manera de detenerlo era encarándome con él. Por una vez en tantos años, haría caso a mi corazón sin el temor de arrepentirme.

Cogí el juego de llaves, salí a fuera, cerré la puerta con seguro y bajé las escaleras del porche.

Entonces, antes de emprender camino, me di cuenta de que mi coche estaba aparcado en el lateral del granero y cubierto con un enorme plástico negro.

Me acerqué, lo destapé y, para mi suerte, las llaves aún estaban en el contacto. Me deslicé bajo el volante, con la esperanza de que el depósito no

estuviera vacío.

—¡Sí! —dije cuando me di cuenta de que el coche tenía un cuarto de depósito.

Sin esperar más tiempo, encendí el coche y conduje hacia el pueblo. Me sudaban las manos y el corazón me palpitaba deprisa, de la misma manera que el primer día que llegué al pueblo.

Tragué saliva con dificultad cuando me acerqué a la plazuela donde estaba situado el famoso bar de Jerry. Aparqué en el arcén mientras varias personas caminaban por la calle sin dejar de sonreír.

Me respaldé contra el asiento y seguí con la mirada a un matrimonio que reconocí de inmediato. Eran la señora y el señor Smith, los padres de mi amiga Ana.

Ana era una extrovertida niña que le alegraba el día a cualquiera. Éramos uña y carne, casi siempre estábamos juntas.

«¿Seguirá viviendo aquí?», pensé.

Bajé del coche, con las piernas como flanes, y caminé con nervios por las calles del pequeño pueblo donde crecí. Todo seguía intacto, nada había cambiado excepto que ahora había menos gente que hace nueve años.

—Hace muchísimo tiempo que no veo a turistas por aquí —habló un anciano, con un escaso pelo canoso, sentado en un banco y mirándome fijamente.

Traté de buscarle algún parecido, pero no pude reconocerlo y, para mi suerte, él tampoco me reconoció a mí.

—Es un pueblo hermoso —confesé con una sonrisa de oreja a oreja.

—Un pueblo que en unos años quedará abandonado. La mayoría de la gente se ha mudado a la ciudad —confesó el anciano con voz triste—. ¿Vienes con la idea de quedarte a vivir aquí, jovencita?

Yo negué con la cabeza sin dejar de reír.

—No, señor. Estoy de paso. Soy una persona que viajo constantemente —dije, siendo un poco sincera.

—Ya veo —dijo, y volvió a prestar atención al periódico que tenía entre

sus manos.

Tomé una enorme bocanada de aire, antes de hablar, mientras entrelazaba los dedos de mis manos con nervios.

—¿Dice que lleva tiempo sin ver a un turista por aquí? —le pregunté, captando de nuevo su atención.

El hombre asintió con la cabeza y retiró sus gafas de lectura para observarme fijamente.

—¿Sabrá usted, por casualidad, quién es Jason Scott?

El anciano se frotó el mentón con un gesto pensativo.

—Scott, Scott... Mmm, no. Llevo casi cien años en este pueblo y nunca he escuchado ese apellido —aclaró.

Cerré los ojos y traté de calmarme cuando los latidos de mi corazón empezaron a palpar con más fuerza.

—He visto una casa y un granero abandonado en lo alto de la montaña. Más o menos, a cinco kilómetros de aquí.

Él enarcó una ceja y cerró el periódico, mostrando más interés a la conversación.

—¿Un granero rojo y una casa vieja de madera?

—Sí, exacto —respondí—. He preguntado a algunos vecinos si la casa estaba disponible para alquilar, pero me han dicho que un tal Jason Scott la ha comprado.

El anciano empezó a carcajear sin parar.

Yo me sorprendí por su inesperada reacción.

—¿Quién te ha dicho eso, jovencita? ¿Las dos brujas de aquella casa? —dijo, señalando con su bastón una vivienda de color roja y llena de flores. Me puse colorada cuando dos ancianas nos acecharon desde la ventana. Sabía perfectamente quién eran ellas dos. Ana y yo las solíamos llamar las «cámaras del pueblo». Vigilaban día y noche lo que sucedía en las calles del pequeño pueblo—. La señora Angela y Estela desvarían. Ya me entiendes —dijo él, haciendo un gesto como si ellas dos estuvieran locas.

—Entonces, la casa está abandonada —confirmé, esperanzada por

escuchar un sí como respuesta.

—Oh, no, no, no y no —aclaró él sin dejar de sacudir las manos en el aire—. Sí es cierto que la casa fue comprada, pero no por Jason Scott. Actualmente, la propiedad pertenece a Derek Brown.

Sentí cómo me dolía el pecho y me costaba respirar. Me bajó la presión y estuve a punto de chillar.

¡Era él!

¡Jason Scott era Derek Brown!

—¿Te encuentras bien, jovencita? —me preguntó el anciano y yo asentí con la cabeza, aunque por dentro estaba destrozada.

Giré sobre mis talones y traté de caminar hacia el coche.

Mi sexto sentido no me había engañado. Desde un principio, sabía que Jason era Derek y ahora podía comprender sus repentinos cambios de humor conmigo, sus gustos por la comida y las pullitas que me soltaba constantemente.

Estaba lleno de cólera y al mismo tiempo tristeza.

Le había roto el corazón, ¡maldita sea!

—¡Au! ¡Mira por dónde vas, mujer! —protestó una joven cuando choqué contra ella.

Estaba tan ensimismada en mis cosas que no me había dado cuenta de que caminaba en zigzag.

—Lo siento —murmuré con la voz entrecortada y sin apenas levantar la mirada.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Qué demonios le diría a Derek cuando volviera a casa?

¡Dios mío! Debía largarme del pueblo, lo antes posible.

—¿Sara? —preguntó la misma joven y yo, en reacción y con la mente en otro lugar, me volteé para observarla.

Ambas quedamos perplejas por unos cortos segundos. Entonces, me di cuenta del tremendo error que cometí.

¡Me había descubierto yo sola!

—¿Sara Wood? —volvió a preguntarme y yo abrí la boca sin saber qué decir.

—No, lo siento, te equivocas de persona —respondí y, a punto de darle la espalda para largarme de allí, ella volvió a insistir.

—Sigues con la misma costumbre de bajar la mirada cuando mientes, amiga.

Pestañeé varias veces, alcé de nuevo la vista y la escruté con intensidad.

—¿Ana? —pregunté con incredulidad en mi voz—. ¿Ana Smith?

—La misma —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo quedé paralizada, como si las suelas de mis zapatos se hubieran pegado al asfalto.

Ana estaba muy cambiada. Llevaba el pelo corto, estilo *garçon*, y teñido de color rubio platino. Pero lo más impactante era su enorme barriga de embarazada.

—E-estás... —dije, todavía en un completo estado de shock por el hecho de que Jason no era Derek.

—¡Sí, embarazada! Estoy de 36 semanas —expresó con emoción—. Voy a ser mamá.

—Oh, Ana...

Nos fundimos en un abrazo sincero y lleno de emoción que había añorado desde hace años. Aproveché la situación y dejé que mis lágrimas salieran de mis ojos mientras pensaba en Derek.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Sara? Nos has tenido preocupados. Creímos que estabas muerta —dijo ella, secándose las lágrimas con las mangas del suéter.

—Yo... bueno, es difícil de explicarlo. Ni tampoco creo que este sea el idóneo lugar para hablar —contesté con voz insegura mientras observaba de reojo a las «cámaras del pueblo».

De todos modos, no quería decirle el verdadero motivo del por qué me había largado del pueblo. Nadie sabía que alguien me estaba persiguiendo

contra viento y marea.

—¿Por qué nunca te has puesto en contacto conmigo? Cuando desapareciste, todo el mundo inició una búsqueda voluntaria. Todos, Sara. ¡Incluida tu madre!

Yo rodé los ojos y el sentimiento de tristeza desapareció al momento.

Mi madre tenía unos espléndidos dotes de actriz, pero en el fondo sabía perfectamente que a ella le daba igual lo que me sucediera.

¡La conocía como la palma de mi mano!

—¿Has vuelto para quedarte? ¿Vives en El Paraíso junto a tu hermanastro?
—me preguntó con tono de preocupación.

—¿El Paraíso?

Yo parpadeé un par de veces, confusa por un momento.

—¿No estás viviendo con Derek? ¿Dónde demonios estás hospedada, amiga?

—Bueno, estoy en la casa de mi abuela. Me encontré con un tipo alto, condenadamente hermoso y con una prepotencia que te revuelve el estómago. Tiene unos ojos azules, como el color del lago del pueblo, que te hacen erizar todo el vello del cuerpo. Se hace llamar Jason Scott —dije, y Ana frunció el ceño con fuerza—. Obviamente, me acabo de enterar por un anciano que él no es Jason, sino Derek Brown. Sí, mi hermanastro.

Ahora, la que se veía totalmente confusa era mi amiga.

—¿Por qué Derek te ha mentado?

—Eso es lo que quiero saber —respondí con tono serio—. Explícame qué es eso del «Paraíso».

—Cómo bien has dicho, Sara, este no es el idóneo lugar para hablar. La señora Angela y Estela ya están con los prismáticos —dijo, y por lo menos aquello hizo arrancarme una sonrisa—. Te invito a un café en el bar de Jerry. Verás que contento se va a poner cuando te vea y...

—¡No! —exclamé, casi asustándola—. No quiero que nadie sepa que he vuelto al pueblo, por favor. Quiero estar unos días tranquila. Ahora mismo, lo que menos deseo, es un bombardeo de preguntas. ¿Me entiendes?

Ana me escrutó con confusión y con una mirada poco convincente, pero finalmente asintió con la cabeza.

—Te entiendo —dijo—. No te preocupes. Te prometo que nadie sabrá que has vuelto al pueblo.

—Gracias.

Como bien había dicho Ana, nos acercamos hasta el bar de Jerry y nos sentamos un tanto alejadas de las dos mesas que había ocupadas.

—Hola, Ana, veo que vienes bien acompañada. ¿Quién es ella? —preguntó Jerry, observándome con una sonrisa amplia y radiante.

—Sí, es mi prima Nora —habló por mí Ana, sacándome del apuro—. Ha preferido venir al pueblo, antes que pasar unas vacaciones en las islas de Hawái. ¿Te lo puedes creer?

—Entonces me caes bien, muchacha —me dijo Jerry, volviendo a regalarme una amistosa sonrisa—. ¿Qué vais a tomar?

—Dos capuchinos, por favor.

—Oído cocina —dijo él, alejándose hacia la barra.

—Gracias, Ana —murmuré.

Ella negó con la cabeza y apoyó los antebrazos en la mesa para inclinarse hacia mí.

—No me las des, Sara. Sé que amas este pueblo como nadie y si te has largado de aquí es por algo realmente serio. ¿Qué te ha sucedido, amiga?

Tuve que hacer un enorme acopio de valor para no echarme a llorar. No era débil y en estos nueve años me había hecho fuerte, pero era Derek quien había conseguido hacerme añicos sentimentalmente.

Necesitaba saber cuál era su propósito con toda esta mentira y por qué demonios lo había hecho.

—Ana, de verdad que deseo contarte lo que me ha sucedido —dije, justo cuando Jerry nos trajo los dos capuchinos. Ambas le dimos las gracias y yo seguí hablando una vez que él se alejó de la mesa—. Pero, ahora mismo, no quiero hablar de ese tema —le confesé, aún sin poder sacar de mi mente a Derek.

—No te voy a obligar a que me lo cuentes, Sara. Pero quiero que sepas que tienes aquí a una amiga, ¿vale?

—Lo sé —respondí con una sonrisa—. ¿Vas a contarme qué es El Paraíso? —le pregunté, aferrándome a la taza de porcelana mientras la escrutaba con intensidad.

—Sara, ¿en serio no sabes quién es Derek Brown?

Yo alcé la vista y clavé mi mirada en la de ella.

—Mi hermanastro —respondí contundente sin saber adónde quería llegar con aquella pregunta.

—Sara... —rechistó Ana sin dejar de negar con la cabeza—. Derek Brown es uno de los mayores y codiciados empresarios de este país. El Paraíso es una finca de casi doscientos metros cuadrados con una enorme mansión de lujo que él mismo ha construido en la zona Este, cerca del lago del pueblo. Bueno, mejor dicho, ahora su actual lago.

—¿Q-qué?

—Al año siguiente de que tu desaparecieras, Derek pasó de tener un pequeño establo de ganado a casi dos mil propiedades repartidas por todo el país —dijo Ana, tomando un sorbo de su capuchino con una lentitud que casi me desquicia—. Pasó de tener una miseria a ser multimillonario. Ha sabido invertir su dinero en empresas potentes y, ahora, él es el dueño de esas empresas. Se rumorea que ahora quiere invertir en los negocios del petróleo.

—¿Se rumorea?

—Derek ya no es el mismo chico de hace años, Sara. Desde que te has ido, él ha dejado de venir al pueblo. Se ha vuelto bastante antisocial. Parece un cromañón.

—¿Te das cuenta de lo que está sucediendo? —pregunté con la mirada perdida—. Todo es culpa mía...

—Deja de echarte la culpa, Sara. La gente cambia.

Yo la observé con una sonrisa y bajé la vista a su barriga.

—Sí, eso es cierto. Tú misma decías que nunca serías mamá. Jurabas y perjurabas que nunca tendrías hijos, ¡y mírate ahora! —dije, llena de felicidad.

—Esto es lo mejor que me ha podido pasar en la vida, Sara. Mi marido y mi futura hija.

Traté de sonreír, pero fui incapaz de disimular la tristeza que ahora me invadía por dentro.

—Sara, si quieres salir de dudas habla directamente con él.

—Tengo la sensación de que Derek no va a volver a casa. Hemos discutido.

Ana sonrió de oreja a oreja.

—Sara, a día de hoy, tu hermanastro ha seguido buscándote y gastando muchísimo dinero para encontrarte. Créeme, ahora que has vuelto no te dejará marchar.

Medité un momento sus palabras.

¡Era cierto!

Para Derek, yo era su oxígeno... ¡pero eso fue hace nueve años, antes de que le rompiera el corazón!

No podía creer que él fuese un poderoso magnate de los negocios, ni que al final construyera un hogar y lo llamara El Paraíso. Él había cumplido con su promesa y ahora estaba tratando de reformar la vieja casa de mi abuela.

—Debo volver a casa —dije, alzándome del asiento y observando el reloj de pulsera—. Voy a seguirle el rollo a Derek para saber cuál es su verdadero propósito—hablé, con tono poco convincente.

—Sara, lo único que conseguirás así es herirte a ti misma.

Yo negué con la cabeza mientras caminábamos hacia la salida.

—Necesito saber por qué me está mintiendo, Ana.

Antes de que las dos saliéramos del bar, Jerry se acercó a nosotras.

—Ana, espero que esta noche tú y tu prima vengáis a la fiesta.

—¿Qué fiesta? —pregunté.

—Este año, Jerry ha decidido hacer una fiesta para intentar juntar a las pocas personas que quedamos en el pueblo. El año pasado celebramos una «fiesta de vaqueros» y vino mucha gente —dijo Ana.

«Vaquera», pensé para mis adentros mientras la imagen de Derek aparecía en mi mente.

—Sí, no será una fiesta grande pero la gente del pueblo es muy maja. Anímate, Nora. Verás qué bien nos lo vamos a pasar.

Ana, quien no se alejó de mí ni un segundo, me observó de soslayo sin dejar de acariciar su barriga.

—Ya veremos, pero gracias por la invitación —dije con amabilidad.

Cuando salimos afuera, Ana me acompañó hasta el coche sin pronunciar una palabra. Era extraño mentir a las personas que me vieron crecer desde que era una niña. Tenía un nudo en el estómago que me apretaba y casi me impedía respirar.

Me sentía fatal por mentirle a Jerry.

—Es este —dije, deteniéndome enfrente del coche—. Gracias, Ana.

—Seguimos siendo amigas, Sara. No te traicionaré, te lo prometo —confesó ella, regalándome otro amistoso abrazo—. Anímate y ven esta noche al bar, por favor. No quiero que te vuelvas a ir sin despedirte de mí, por favor.

Yo volvía a abrazarla para estrecharla más fuerte entre mis brazos.

—No me iré sin antes ver a esa hermosa niña que viene en camino —aclaré, acariciando su barriga—. No me iré de aquí sin antes aclarar muchas cosas...

Cuando llegué a casa, aparqué al lado de la camioneta roja de Derek. Me aferré al volante, no sé cuántos minutos, sin apartar la mirada del porche. Derek estaba sentado en las escaleras, esperando a que me bajara. Su cara no auguraba nada bueno y su mirada estaba clavada en la mía.

Tragué saliva con dificultad, abrí la puerta y pisé tierra firme. Zeus y Diablo se acercaron a saludarme y yo seguí caminando hacia la casa.

Si pensaba que era una tía segura, estaba muy equivocada. Cada centímetro que me acercaba a Derek, más nervios se me acumulaban en el estómago.

Cuando subí el primer escalón, Derek no hizo amago de moverse para dejarme pasar. Sin más remedio, y muy a mi pesar, me agarré al pasamanos

cuando sentí que las piernas me flaquearon.

—¿Dónde has estado? —me preguntó con voz acerada.

Yo inspiré hondo, antes de hablar:

—No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago, Jason —dije, recalcando su nombre ficticio.

Él se incorporó lentamente sin retirar su mirada de la mía.

Por un momento, me sentí intimidada con su metro noventa. Derek había cambiado mucho físicamente. Ahora era un hombre de treinta y tres años con un escultural cuerpo y una personalidad bastante ruda.

Ana tenía razón: él ya no era el mismo chico de hace nueve años.

¡Y la culpa era toda mía!

—No estoy de humor, Sara —habló él, con la mandíbula tensa.

—Genial, entonces iré sola a la fiesta —le espeté con una sonrisa fingida y pasando por su lado con total indiferencia.

Antes de que pudiera entrar en la casa, Derek me sujetó por la muñeca y tiró de mí.

—¿De qué estás hablando? ¿Has ido sola al pueblo? —inquirió con más insistencia y con la mirada llena de confusión.

Yo fruncí el ceño con fuerza, siendo consciente de su preocupación.

—¿Tienes miedo de que alguien me hable mal de ti? —le pregunté, tratando de mosquearlo y dejarlo con la intriga.

Derek me observó con una intensidad casi salvaje, mientras mi corazón golpeaba fuertemente contra mis costillas.

—Ya te dije ayer que soy la clase de hombre que le importa una mierda lo que piensen de él —añadió con un semblante más serio de lo habitual—. Y no irás a ninguna parte sin mí.

Yo enarqué amabas cejas y me solté de su agarre.

—No haré nada contra mi voluntad. Me da igual lo que digas. Si pudiera, ahora mismo me largaría de aquí —le espeté con brusquedad y arrepintiéndome al momento.

Subí a la segunda planta y observé por encima del hombro cómo Derek había quedado paralizado en la entrada del porche sin apenas pestañear. Sentí un pinchazo en el corazón y el arrepentimiento invadió mi alma.

Había hecho un golpe bajo. Derek no se merecía que lo tratara así.

¡Él no tenía la culpa de nada!

Me desvestí lo más rápido posible y busqué en el armario un vestido blanco que me gustaba muchísimo. Pero en el momento que me enfundé mi vestido, los nervios regresaron a mí. Me observé en el espejo con detenimiento. La tela blanca acentuaba mis curvas y se adhería a mi piel perfectamente. Calcé mis sandalias doradas, me maquillé sutilmente y bajé a la primera planta recuperando la seguridad en mi interior.

Entonces, me quedé a medio camino de la escalera cuando observé a Derek en la entrada de la puerta con los brazos cruzados. Tragué saliva con fuerza cuando sus ojos azul claro me recorrieron todo el cuerpo.

Traté de ignorarlo, aunque podía sentir su mirada quemándome la piel. Cogí las llaves, las puse en mi bolso y me dirigí hacia la salida, pero él apoyó una mano en el marco de la puerta e impidió que saliera de la casa.

—¿Adónde piensas ir así vestida? —inquirió, volviendo a repasarne con la mirada completamente encendida.

—Ya te lo he dicho. No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o lo que no hago con mi vida —dije, tratando de esquivarlo, pero él me agarró por la cintura y me atrajo a su cuerpo.

—Yo también te lo he dicho, Sara —habló con voz ronca, consiguiendo erizarme el vello de la nuca. Su sonrisa ladina me hizo sentir un extraño revoloteo en el estómago. Tenía el rostro muy cerca del mío y nuestros labios apenas estaban a unos milímetros de distancia entre sí—. No te irás a ningún lado sin mí. No te dejaré marchar, vaquera.

8.

—La vas a gastar —dijo Jerry, antes de que yo terminara de beber la cerveza.

Sentado en el taburete, apoyé los codos sobre la barra y seguí observando a Sara bailando con Ana. Mi mirada la seguía allí donde estuviera y lo hacía contra mi voluntad.

—No sé de qué estás hablando, Jerry. Así que, cierra el pico y dame otra cerveza —le ordené, aún sin quitar la mirada de Sara.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Jerry, al tiempo que me servía la bebida—. Soy viejo, pero no tonto. Ana me ha dicho que esa hermosa morena es su prima Nora —dijo y yo me giré sobre el taburete para observarlo—. Desde el primer segundo que ella pisó este establecimiento supe que era Sara, la nieta de Angie Wood.

Yo fruncí el ceño y volvía escrutar a Sara. Cuando la observaba, ella volvía el rostro y disimulaba.

¿Por qué demonios estaba ocultando su identidad?

Rasqué la nuca sin dejar de pensar y entrelazar las coincidencias. Había encontrado un montón de documentación falsa en la guantera de su coche. Un sinfín de carnés con nombres ficticios que me hicieron corroborar que Sara estaba en serios problemas.

—Así que Derek, no me digas que no sabes de lo que te estoy hablando —volvió a decir Jerry, haciendo que despertara a la realidad—. Llevas años sin pisar el pueblo. Si estás aquí, muchacho, es por ella.

Quedé en silencio mientras varios vecinos charlaban apoyados en la barra, a unos metros de donde estaba. No había que ser muy listo para saber que la gente estaba hablando de mí.

Jerry tenía razón, hacía años que no entraba en el pueblo y la gente estaba extrañada con mi presencia.

Humedecí los labios cuando observé a Sara bailando con una sensualidad sobrehumana. Mi erección apareció, aprisionándome el pantalón con fuerza. Solo con pronunciar su nombre se me ponía el corazón a mil por hora.

¡Joder, debía dejar de pensar en hacerle el amor!

Aún se me hacía imposible creer que ella estuviera de vuelta en casa.

Cuando la vi el primer día, el corazón me dio un brinco en el pecho. Sentí un jodido revoloteo en el estómago que nunca antes había sentido con ninguna otra mujer. Ahí fue cuando me di cuenta de que aquella hermosa mujer era Sara.

¡Tenía que serlo!

Ella había cambiado mucho físicamente. Era jodidamente bella y ardiente como el infierno, con un cuerpo lleno de curvas tentadoras.

¡Ya no era una niña, sino una hermosa mujer de veintiocho años!

Pero, a pesar de todo, Sara seguía manteniendo su propia y dulce personalidad. Eso era lo que me había enamorado de ella desde que éramos unos simples críos.

Su sinceridad, su bondad y su noble corazón.

El día que se marchó, unas horas antes, le confesé lo que sentía por ella.

Pero Sara, simplemente, se largó sin darme una explicación.

¡Joder, eso no era tener buen corazón!

Tomé otro largo trago de cerveza sin quitarle la mirada de encima a Sara, cuando un joven y apuesto muchacho se acercó a ella. Era Frank, un chico bastante guapo que no dejó de mostrar sus dotes de mujeriego.

«Lo voy a matar», pensé para mí mismo.

Apreté la botella con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos. Sara estaba intentando darme celos con aquel tío y lo estaba consiguiendo. No podía creer que ella estuviera con aquel idiota, pudiendo estar conmigo.

Gruñí como un animal cuando Frank deslizó su brazo alrededor de la cintura de mi chica.

¡Sí, mi chica!

Llevaba enamorado de ella desde que era un niño y ahora que había vuelto de nuevo, no iba a permitir que nadie me la arrebatara ni que nadie se la llevara lejos de mí.

—Lo voy a matar —dije, por fin, en voz alta.

Me alejé de Jerry, al tiempo que arrojaba un billete sobre la barra. Caminé con paso firme hacia ella, deteniéndome a unos centímetros de su cuerpo. A pesar de que mi mirada auguraba sangre, Frank siguió sujetando a Sara por la cintura y eso hizo enojarme más de lo que ya estaba.

Volví a gruñir y lo aparté de un empujón, interponiéndome entre ellos dos.

—Nos largamos —le espeté a Sara sin preámbulos.

—¿Conoces de algo a este tipo, Nora? —preguntó Frank, a sabiendas de que yo lo podía escuchar.

Apreté los puños y conté mentalmente hasta diez, antes de desfigurarle la cara a aquel idiota.

—No se llama Nora, gilipollas. Es Sara Wood —le dije con tono acerado, consiguiendo que él y Ana abrieran los ojos como platos y se sorprendieran tanto como yo lo hice el primer día que la vi.

Sara me escrutó echando chispas por aquellos ojos castaños, y en ese momento sentí un deseo apremiante de echarme a reír.

Ella pasó por mi lado con gesto airado, pero la agarré por la muñeca y la atraje hacia mi cuerpo.

Ambos quedamos en silencio mientras nuestros ojos hablaban por sí solos. Cada vez que Sara me observaba, el rencor que sentía desaparecía por completo.

—Suéltame —me ordenó, casi en susurro, mientras su mentón temblaba ligeramente.

—Nunca.... —dije—. Nunca te soltaré.

—¡Suéltame, Derek! —dijo, pillándome totalmente desprevenido, mientras yo aflojaba el abrazo y ella se separaba de mí—. No soy la única que tiene secretos. ¿Verdad, hermanito?

Sara pasó por mi lado, rozándome, mientras la poca gente que había en el

bar presenciaba el espectáculo.

Volteé y observé cómo ella se alejaba hacia la salida, siendo observada por todo el mundo como si fuera un bicho raro.

Sacudí la cabeza y corrí detrás de ella cuando la perdí de vista.

Cuando salí afuera, una nube de vaho salió de mi boca.

—¡Sara!

La agarré del brazo y la obligué a darse media vuelta.

—No te vas a ir andando sola —dije, sujetándola con fuerza y rehusándome a dejarla ir.

—¿Por qué me has mentido? ¿Por qué?

Ella me golpeó el pecho con la mano.

—Me abandonaste, Sara. Y eso... —dije, acercándome más a ella—. Eso a mi orgullo no le hizo ni puñetera gracia.

—¡No tienes ni la menor idea de lo que he sufrido! No sabes lo que he tenido que aguantar todos estos años, ¡joder!

Para ser sinceros, me sorprendió su reacción y el brillo de las lágrimas en sus ojos.

¡Maldita sea!

—No sé qué te habrá pasado, Sara. Pero nos has dejado a todos preocupados. Llevamos años buscándote, ¡creí que estabas muerta, joder! —grité más enojado, consiguiendo que algunos vecinos salieran a la calle para ver lo que sucedía.

La cólera, furiosa y lacerante, hizo que tomara a Sara en brazos para llevarla a la camioneta.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! —chilló como una histérica cuando la encerré en el coche.

Rodeé el capó para ir hasta el lado piloto y entré en la camioneta. Arranqué el motor con brusquedad y aceleré como un loco por la carretera.

Ella volvió la cara para mirar por la ventanilla. Sabía que estaba llorando por mi culpa.

—Sara...—murmuré, pasándome la mano por el cabello en un gesto nervioso—. ¿Por qué te has ido? ¿Fue por mi culpa? —pregunté con el nudo en la garganta.

La única respuesta que obtuve fue el sonido de sus sollozos, que hicieron romperme el corazón.

Lo que sentía por ella era mucho más fuerte que una simple atracción. Tan fuerte como para que mi corazón y mi cabeza no me dejaran olvidarla con tanta facilidad. Habían pasado nueve largos años y aún seguía enamorada de ella. No me sentía atraído por ninguna otra mujer, solo por Sara.

¡Mi corazón era todo de ella!

Sacudí la cabeza, apreté los dientes y giré el volante a la izquierda con cierta brusquedad. Sara pegó un chillido, sorprendiéndose por mi inesperada reacción.

Ya no se escuchaba el constante sonido de los neumáticos rodando sobre el asfalto, sino el ruido que producían las pequeñas piedras sueltas en las ruedas.

Sara se revolvió incómoda sobre su asiento cuando se dio cuenta hacia dónde nos dirigíamos.

Aparqué el coche entre unos árboles, bajé con rapidez y fui abrirle la puerta.

Sentí un pinchazo en el pecho cuando observé su rostro y sus ojos llenos de lágrimas, dándome cuenta de lo vulnerable que era.

—Ven —le ordené y ella levantó el mentón con gesto terco, casi retándome con la mirada—. Por favor, Sara —murmuré, perdiendo la paciencia, pero ella hizo caso omiso y se recostó en el asiento con los brazos cruzados.

Yo resoplé sonoramente y le aferré el brazo por el codo, sacándola del coche.

—¡Suéltame! —gritó con rabia.

—Sigues siendo como un perro con su hueso. ¡Terca!

—¡Derek, suéltame! —gritó en cuanto la cargué en mi hombro, mientras me golpeaba la espalda con los puños—. ¡Eres un déspota!

Yo ignoré sus chillidos para prestar atención al suelo y no tropezarme con

un tocón o la raíz de un árbol.

Cuando el sendero se fue estrechando, se escuchó el inconfundible sonido de una cascada.

Estaba jodidamente nervioso, algo inhabitual en mí.

Cuando la bajé, la sorpresa se dibujó en su rostro al observar el lago... ¡nuestro lago!

Era un pequeño, pero hermoso estanque con una cascada que salía de entre las rocas. El valle estaba lleno de árboles y, por un momento, contemplé el reflejo de la luna en el agua. Era el tipo de paraje que uno iría para relajarse y olvidarse de los problemas.

Tragué saliva con nervios, me separé de ella y pegué la espalda al tronco de un enorme árbol junto a la orilla del lago. El mentón de Sara empezó a temblar ligeramente mientras yo contaba diez pasos en línea recta.

Me arrodillé, empecé a arrancar la hierba y excavé en la tierra. Las manos me temblaron y mi corazón palpitó con fuerza. No era capaz de alzar la mirada y ver la reacción de Sara. El ansia de besarla era tan fuerte que me nublaba la razón.

Cuando mis manos tocaron una pequeña caja de metal, la saqué y sin esperar más tiempo la abrí.

—Derek —habló ella, casi en un susurro y dejándose caer de rodillas—. Has guardado nuestros recuerdos durante todo este tiempo...

—¿Te acuerdas cuando viste aquella película de piratas en el bar de Jerry? —le pregunté y ella, aún en estado de shock, asintió con la cabeza—. Te vi tan ilusionada, que decidí enterrar un importante tesoro para mí. Quería que pasaran unos años para darte una sorpresa en un futuro no muy lejano. Pero nunca creí que las cosas se fueran a complicar tanto...

Sara se acercó más a mí y, con la mano temblando, sacó de la cajita unas fotos de cuando éramos niños. Siguió hurgando y soltó una risa, mezclada con lágrimas, cuando observó la pulsera de abalorios que ella misma me hizo.

—Odio el color rosa, pero es mi pulsera favorita —dije, tragando saliva con dificultad cuando sentí la boca seca.

Sara conectó su mirada con la mía, y un escalofrío recorrió mi espina

dorsal.

¡Era tan bella, maldita sea!

Suspiré con nervios cuando ella encontró un trozo de papel, escrito por mí:

—Hola, Sara —dijo ella, tratando de leer la minúscula carta—. No sé cuándo tendré el valor para confesarte mis sentimientos. Quiero que sepas que cuidaré de ti, cumpliré todos tus sueños y te haré la mujer más feliz del mundo. Crearé un paraíso para ti, Sara, y para nuestros futuros hijos. La abuela Angie dice que si un hombre es capaz de hacer hasta lo imposible por una mujer, es porque está enamorado de ella. Y yo lo estoy de ti. Sé que cuando leas esto, estaremos juntos. Para mí, Sara, eres más importante que el oxígeno. Te amo.

Ella quedó literalmente paralizada con la carta entre sus manos. Solo se escuchó el bullicio del viento golpear las copas de los árboles y el sonido del agua correr por las rocas.

Cerré los ojos con fuerza y con rabia. Me sentía dolido y, al mismo tiempo, avergonzado. Sara no me amaba como yo lo hacía. Me lo dejó bien claro el día que le confesé mis sentimientos y ahora yo estaba haciendo el ridículo.

Durante todos estos años, he hecho lo imposible por encontrarla. Trabajé duro para llegar a ser alguien el mundo de los negocios. Construí un imperio y lo llamé El Paraíso, con la esperanza de que Sara, algún día, apareciese en mi vida. Compré la casa de su abuela, antes de que su madre la vendiera a una inmobiliaria y la destruyeran.

¡Durante casi toda mi vida he sido un idiota, porque el amor que sentía por ella no era correspondido!

Me levanté de golpe sin dejar de escupir improperios. Las miles de ideas que se me pasaron por la cabeza me asustaron seriamente. No podía ser un egoísta con ella.

¡No podía retenerla contra su voluntad ni obligarla a que me amara!

Pero, ¡joder! No quería que estuviera con otro hombre. Nadie la haría tan feliz como yo.

Apoyé la mano contra el tronco y masajeeé la nuca, intentando calmar mis nervios.

—Lo siento... —dijo ella, acariciando mi espalda por encima de la camisa.

Suspiré irritado, apreté el puño y golpeé el tronco.

—¡No hagas eso, Sara! ¡No te compadezcas de mí! —grité, con las lágrimas amenazando el rabillo de mis ojos.

La primera vez que lloré fue el día que ella desapareció. Era un hombre bastante serio y me costaba mostrar mis sentimientos. Pero con ella, mis sentimientos se revolucionaban y me convertía en otra persona completamente distinta.

—Lo siento por haberme marchado sin decirte ni un adiós —habló ella, entre hipos y sollozos—. He sido una cobarde todos estos años, Derek. Pero tuve que largarme de aquí, yo...

—¿Por qué, Sara? ¿Por qué has vuelto? ¿A qué demonios estás jugando? Me rompiste el corazón —dije, volteándome para encararla y señalando el lado izquierdo de mi pecho.

Ambos nos observamos fijamente, apenas iluminados por la luz de la luna.

—Derek —dijo ella, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¿De verdad crees que fantasearía contigo si no me gustaras? —inquirió ofendida—. Cada vez que «Jason Scott» me miraba, me acariciaba y me besaba, constantemente pensaba en ti. —Un sollozo salió de su boca y con rapidez se limpió las lágrimas—. Cada segundo de mi vida no he dejado de pensar en ti, Derek. Cada maldito segundo de mi vida no he dejado de culpabilizarme por la separación de tus padres y por todo lo que nos ha sucedido. Y y-yo, y-yo...

Intentó hablar, pero no le salía la voz.

Aún sentía rabia, pero no soportaba verla llorar. A punto de estrecharla entre mis brazos y calmar sus sollozos, ella consiguió hablar:

—¡Te amo, Derek!

Mi corazón empezó a palpitar tan fuerte que incluso dolía. Sentí un cosquilleo en mi interior cuando escuché aquellas dos palabras que tanto había ansiado durante todos años.

—Sara...

Atrapé su rostro entre mis manos y la besé con ganas. Sin preámbulos ni más palabras.

Sara no dejó de acariciarme la espalda mientras yo la seguía devorando como si no hubiera un mañana.

Mi lengua, sedienta y desesperada, exploró cada rincón de su boca. Entre besos, caricias y trompicones, le apoyé la espalda contra el tronco de un árbol.

—Derek... —susurró con voz entrecortada.

Escucharla gemir mi nombre era como música para mis oídos. Aquello me ponía a mil. Cada vez que la miraba sentía un doloroso latido en la entrepierna.

¡Sara era puro deseo!

—El primer día que te vi, pequeña, tuve que darme una ducha bien fría —confesé, con la voz ronca, mientras le besaba el cuello.

—¡Ah! —gritó excitada.

Le bajé las tiras del vestido al tiempo que sonreía con picardía, antes de acercarme a su pecho.

Arrebatado por semejante placer, la agarré del trasero y ella se sujetó de mis hombros mientras la elevaba a la altura de mi cintura.

—No te dejaré marchar, Sara... —dije, besando uno de sus pezones—. Ahora, eres mía. ¿Lo entiendes?

—¡Derek! —gritó, con la mirada nublada por la pasión.

Sentí cómo me invadió una ola de calor cuando ella se arqueó contra el tronco y empujó sus caderas contra mi erección.

Emití un murmullo gutural y apreté los dientes con fuerza. Caminé con ella, sin dejar de besarla, hasta la orilla del lago. Me descalcé como pude y entré en el lago con ella entre mis brazos.

Sara suspiró y sus pezones se erizaron cuando nos sumergimos en el agua.

La tela empapada del vestido se pegó a su piel, pero no tardé en sacárselo.

—No me gusta este vestido —murmuré a regañadientes, acariciándole el

trasero y sacándole las braguitas.

¡Quería desnudarla!

Sara, con las manos temblando, trató de desabotonarme la camisa. Yo, lleno de lujuria e impaciencia, me abrí la camisa de un tirón y los botones volaron en todas las direcciones.

Volví a besarla, a explorar su cuerpo con mis manos, a rozar sus zonas más íntimas y a susurrarle en el oído que la amaba.

Gruñí como un animal cuando ella me atrapó el labio inferior y lo succionó con suavidad.

—Haré que grites mi nombre, vaquera.

Antes de que ella dijera algo, me sumergí dentro del agua y enterré mi cabeza en su entrepierna. Sin pensármelo más veces, succioné su perlita y me perdí en ella.

A pesar de estar dentro del agua, pude escuchar perfectamente sus gemidos. Volví a acariciarla con la lengua, al mismo tiempo que sus dedos se agarraron a mi cuero cabelludo.

Cuando salí a la superficie, no pude reprimir las ganas de enterrarme dentro de ella y hacerla mía.

Volví a sujetarla y nadé con ella en brazos hasta la cascada. La respaldé con cuidado contra una roca, abrí el cinturón con dificultad e intenté sacarme los pantalones debajo del agua.

Busqué en mis bolsillos y en mi cartera, completamente mojada, por un envoltorio.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

—Estoy tomando la píldora para regular mi ciclo menstrual —dijo, con voz sensual y la respiración entrecortada.

Yo abrí los ojos con asombro, pasé la lengua por los labios y asentí con la cabeza.

—Está bien... —aclaré con la voz temblorosa.

¡Estaba jodidamente nervioso!

Ahora, casi diez años después, había llegado el tan ansiado día.

Cuando la tomé de los muslos y coloqué suavemente la punta de mi erección en su entrada, Sara me frenó.

Yo tragué saliva cuando sentí la boca seca como la arena del desierto.

La deseaba tanto...

—Me dijiste que llevas años deseando hacer algo con una mujer. ¿Qué es?

Yo sonreí con dulzura, la besé con delicadeza y le susurré en el oído:

—El amor, Sara. Llevo años esperándote para hacerte el amor todos los días de mi vida.

Con un solo movimiento la alcé y la penetré hasta el fondo.

Los dos soltamos un gemido, aunque el suyo se escuchó más fuerte.

Me excitaba su mirada y su respiración cada vez más entrecortada y rápida. Sara dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras sus caderas saltaban hacia arriba. Sentí un ligero dolor cuando ella me clavó las uñas en los hombros y supe que pronto llegaría al éxtasis.

Nuestros gemidos crearon una melodía que jamás olvidaría. Observé su rostro, iluminado por la luna, y supe que tenía entre mis brazos a mi futura esposa y la futura madre mis hijos.

Gemí por lo bajo, aún con ella enroscada a mi cintura, cuando su cuerpo convulsionó. Hice un enorme acopio de fuerza para aguantar y seguir haciéndole el amor, pero sus gemidos me forzaron a seguirla en aquel éxtasis de placer.

La abracé y, por un momento, nuestros corazones latieron al unísono.

Cuando la besé con dulzura, me di cuenta de que sus dientes castañeaban. Tenía frío, de hecho, estaba helada y exhausta por el orgasmo.

La cargué en brazos con facilidad, cogí nuestras ropas y caminé hacia la camioneta, seguido del ruido de la cascada.

—Te llevaré a nuestra casa, Sara. Te llevaré al Paraíso.

9.

Parpadeé varias veces, tratando de despertarme. Aturdida, me senté en los pies de la cama y traté de enfocar la vista.

«¿Dónde demonios estoy?», pensé.

La habitación estaba decorada con riqueza: muebles de madera oscura, incluido un *chaise longue* a los pies de la cama, cortinas de seda blanca, una chimenea de piedra y una enorme cama matrimonial en el centro.

Me incorporé lentamente y me acerqué al pequeño escritorio que estaba justamente al lado de una enorme ventana con puerta corredera, que daba acceso a un balcón. Mi cara se ensombreció cuando observé, desde la ventana, un enorme jardín con varios coches aparcados en la entrada y dos hombres vestidos de traje. Reconocí a Hugo y entonces me di cuenta de todo.

¡Estaba en la casa de Derek! ¡Estaba en El Paraíso!

Sentí una extraña corriente eléctrica cuando recordé lo que sucedió por la noche. Masacré el labio inferior sin dejar de pensar en las caricias, en los besos y en los gemidos que Derek y yo compartimos.

Me aparté de la ventana, totalmente avergonzada, cuando los dos hombres alzaron la vista.

—Buenos días, vaquera —dijo la voz ronca de Derek, apareciendo bajo el umbral de la puerta del baño con una toalla alrededor de su cintura.

Con un movimiento torpe, me cubrí con la cortina y lo observé con las mejillas ardiendo.

Su labio se curvó en una sonrisa torcida que me hizo cosquillas en la entrepierna.

—Ya te he visto desnuda, Sara —soltó con parsimonia.

Yo ahogué un grito cuando él se acercó a mí.

Tragué saliva con nervios cuando observé su enorme erección bajo la toalla.

—Ayer por la noche, cuando llegamos a casa, estabas dormida y, literalmente, cansada —dijo él mientras me acariciaba la mejilla—. Yo, por mi parte, me pasé toda la noche observándote.

Ahogué un gemido cuando Derek retiró la cortina a un lado y me dejó desnuda, nuevamente.

—Aún no puedo creer que estés aquí conmigo —susurró, besándome el hueco del cuello y consiguiendo que me derritiera como un cubito de hielo—. Tenemos que hablar, Sara. Maldita sea... tenemos que hablar de muchas cosas y debes darme explicaciones —dijo con voz cavernosa—. Pero antes necesito hacerte el amor, otra vez.

Derek masculló un improperio por lo bajo, me agarró por la cadera y yo le rodeé la cintura con las piernas.

Impaciente, y fuera de sí, me froté contra su erección y el maldijo por lo bajo.

—Vas a matarme, Sara.

Grité con sorpresa cuando él me tumbó sobre la cama, se inclinó sobre mí y me devoró la boca mientras su erección rozaba mi pelvis. Me juntó las muñecas y me las sujetó con una mano por encima de la cabeza.

Cuando sus labios llegaron a mi pecho, arqueé la espalda todo lo posible hacia atrás.

Tuve que morderme el labio para reprimir un grito cuando Derek atrapó un pezón entre sus dientes y luego bajó sus labios hasta mi ombligo.

Me revolví en la cama desesperada e inquieta, deseando que bajara la boca allí abajo.

—Derek, por favor... —rogué, y sentí en mi piel cómo las comisuras de sus labios se estiraban en una sonrisa.

—Tengo que castigarte por todos estos años, vaquera —dijo, trazando un camino con su lengua por la zona de mi abdomen.

Sin que Derek se lo esperara, le deshice el nudo de la toalla y ésta se le

cayó de la cintura. Abrí los ojos como platos cuando observé su enorme erección apuntándome con descaro.

—Eres toda mía, Sara.

Derek me agarró de la cintura y me tumbó boca abajo.

Yo cerré los ojos, esperando con ansia el momento, cuando sentí su pecho sobre mi espalda.

—Mía...

Me estremecí por completo cuando susurró en mi oído. Sentí su mano callosa acariciar mi espalda. Luego, me apartó el pelo y sus dedos acariciaron las cicatrices de mi nuca.

«¡No!».

—Sara —habló con voz autoritaria, consiguiendo que la excitación se esfumara de golpe.

Sabía que Derek me iba a bombardear a preguntas, pero el ruido de un móvil hizo que nos paralizáramos y nos observáramos con intensidad.

—Joder... —masculló Derek, incorporándose de la cama para coger el teléfono—. Espero que sea algo urgente, Hugo, porque te juro que...

La cara de Derek fue transformándose a medida que Hugo hablaba. Me examinó con una fugaz mirada y se pasó las manos por la nuca.

Parecía cabreado y fuera de sí.

—Dame cinco minutos. Bajo ahora.

Derek colgó el teléfono, volvió a maldecir por lo bajo mientras vestía unos vaqueros y se sentó en el borde de la cama.

Sentí cómo mi corazón se agitaba ante su intimidante mirada.

—Tengo que solucionar un problema en una finca del pueblo. Estaré de vuelta antes del anochecer —dijo, enmarcando mi rostro como si fuera frágil y delicada—. Sara, ¿quién te hizo esto? —inquirió, con tono acerado, mientras acariciaba mis cicatrices con cuidado.

Yo cerré los ojos y disfruté de su contacto, reprimiendo las ganas de echarme a llorar. Derek no me iba a creer. Todo era tan complicado...si le

contaba la verdad, se enojaría conmigo.

—¿A qué tienes miedo, Sara?

Cuando abrí los ojos me encontré con su mirada azul, tan penetrante como intimidante.

—A mi pesadilla —respondí sin pensarlo.

Bajé la vista cuando se me escapó un sollozo. Derek agarró mi mentón, obligándome a levantar la cabeza para observarlo.

—¿Quién es tu pesadilla, Sara? —preguntó, ahora más preocupado de lo que estaba.

Yo sonreí entre lágrimas y le acaricié la mejilla.

—Déjame un rato a solas, antes de contártelo, por favor —le rogué con la voz entrecortada.

Quería buscar las palabras adecuadas.

¡Quería ser clara y concisa, pero sin dañarlo!

Derek asintió. Sus facciones estaban tensas y parecía que en cualquier momento mataría a alguien.

—Tómate tu tiempo, pequeña. Volveré por la noche y luego hablaremos —dijo, tratando de calmar sus nervios—. Aquí estás a salvo, Sara. No dejaré que te pase nada malo, ¿está bien? —Yo asentí con la cabeza—. Una vez te dije que todo el mundo tiene miedo a algo, incluso yo. Así que no te avergüences ni te preocupes por lo que pueda pensar de ti. Yo siempre te apoyaré, Sara. Tú eres mi prioridad.

Antes de que Derek se levantara, lo agarré por el brazo para que se detuviera.

Él me observó atento, esperando a que hablara.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Derek esbozó una sonrisa débil.

—Perderte —respondió contundente.

Permanecí callada, aún sentada en el centro de la cama, mientras él terminaba de vestirse. Volvió acercarse a mí, me besó en la frente y susurró

lentamente en mi oído:

—No vuelvas a dejarme, Sara. Espérame despierta.

La casa de Derek era de dos plantas y tenía ocho habitaciones enormes. El jardín, cubierto por flores de diferentes colores, estaba muy bien cuidado. Si Angie estuviera viva, sé que le gustaría El Paraíso.

Había aprovechado la tarde para investigar cada rincón de la vivienda sin dejar de pensar cómo le explicaría a Derek quién era en realidad mi pesadilla. Me acaricié la nuca, cerré los ojos y apreté los dientes mientras el recuerdo de aquella noche volvía a mi mente...

Cuando por fin encerré a las gallinas en el corral, solté un suspiro largo y profundo. Si mi abuela siguiera viva, se sorprendería al verme cuidando su huerta y sus gallinas. Cuando era más pequeña, Derek solía burlarse de mí porque tenía miedo a las inofensivas gallinas.

«Derek...».

Sonreí con timidez cuando recordé la conversación que tuve con él hacía escasas horas.

¡Derek me había confesado sus sentimientos!

Y ahora, estaba deseosa de que él volviera a casa para decirle que yo también lo quería.

¡Decirle que lo amaba!

Antes de que abandonara el granero, un ruido captó mi atención. Sonreí con picardía, pensando que Derek se había escondido para asustarme.

—¿Derek? —pregunté sin borrar la sonrisa, cuando vi la silueta de un hombre.

Fruncí el ceño mientras la sonrisa desaparecía de mi cara.

¡No era Derek, era Richard!

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, cuando vi cómo se acercaba hacia a mí—. ¡Suéltame! ¡Suél... —grité, pero él me cubrió la boca con la mano.

Las gallinas se alborotaron cuando él me aprisionó contra la puerta del corral.

—Estate quietecita, Sara. No te va a doler —murmuró en mi oído sin dejar de frotarse contra mi cuerpo.

Traté de soltarme de su agarre cuando él me subió el vestido hasta la cintura.

—Eres una niña mala, Sara. Sé que usas estos vestiditos para ponerme duro. ¡Eres jodidamente hermosa!

Abrí los ojos como platos cuando él se desabrochó el cinturón. Debía pensar con rapidez, si no quería que las cosas se pusieran más feas.

—¡Ah, joder! —gritó con dolor cuando alcé la pierna y lo golpeé en el vientre.

Traté de correr, pero él me agarró por el cabello me golpeó contra la puerta del corral y hundió sus uñas en mi nuca, rehusándose a dejarme marchar.

Sin dejar de llorar, y sintiendo un atroz dolor en el cuello, cogí a tientas una pala y lo golpeé en la cara, dejándolo en el suelo totalmente malherido.

—¡Sara! —gritó cuando salí del granero y corrí hacia la camioneta de mi abuela con la intención de no levantar el pie del acelerador.

Cerré los ojos con tanta fuerza que creí que estallaría. Odiaba recordar el infierno que había vivido aquella noche, ¡pero era inevitable!

Y ahora... ¡ahora debía contárselo a Derek!

No sabía cómo iba a reaccionar él cuando descubriera que Richard intentó abusar de mí hace nueve años. Cuando descubriera que él era mi pesadilla y que me estaba persiguiendo día y noche.

Me apoyé contra la pared y me masajé las sienes sin dejar de pensar. Debía distraerme con algo, mientras se aclaraban mis pensamientos y se aminoraban mis nervios. No quería torturarme más con aquel doloroso recuerdo. Tenía toda la noche para hacerlo cuando hablara con Derek.

Bajé a la primera planta, salí afuera y respiré hondo. Volví a escrutar la enorme mansión de Derek y una sonrisa afloró a mis labios cuando leí un

pequeño cartel de bronce, situado encima de la puerta, que decía: «El Paraíso».

Volví la vista al frente y me encaré con Hugo, quien parecía impasible en su traje negro de alta costura. Aquel hombre me recordaba a un rottweiler, listo para atacar al menor momento de confusión.

«Zeus... Diablo...», pensé cuando me acordé de los dos perros.

No podía dejarlos solos en el granero, tenía que ir a buscarlos. Cuando bajé las escaleras del porche, caminé hacia a los coches y reconocí la camioneta roja de Derek.

—Señorita Wood —habló Hugo, sorprendiéndome a mí misma porque no esperaba ningún comentario—. El señor Brown me ha dicho que no la deje salir sola del recinto.

Yo fruncí el ceño mientras Hugo me observaba a través de los cristales de sus gafas de sol. Derek no confiaba en mí, tenía miedo de que me escapara otra vez.

—Está bien. Entonces, iremos los dos —le espeté sin rodeos.

Hugo me observó con atención, poniéndose las gafas de sol en la punta de la nariz.

—No la comprendo, señorita Wood. ¿Adónde desea ir?

—Necesito ir a la casa de mi abuela. Tengo que ir a por los perros de Derek. No dejaré que pasen la noche solos en la montaña.

Hugo volvió a subirse las gafas por el puente de la nariz y negó con la cabeza.

—Ahora mismo tengo que atender unos asuntos más importantes, señorita Wood. Si no le importa, ordenaré a mi compañero que vaya a por los perros más tarde. Pero no le puedo prometer nada, lo siento —dijo con voz apenada y sacó de su bolsillo un walkie-talkie para hablar con su compañero.

Yo suspiré con resignación.

La casa de la abuela Angie estaba situada muy cerca del Paraíso. Si me iba ahora, volvería en menos de media hora. Conocía el camino como si se tratara de la palma de mi mano.

Ahugué una sonrisa que pugnaba por salir de mis labios cuando pensé en una idea.

—Hugo —lo llamé, captando su atención—. ¿Podrías echarle un pequeño vistazo al baño de la habitación, por favor? —le pregunté con voz angelical.

—¿Ha sucedido algo, señorita Wood?

Yo alcé los hombros y los dejé caer.

—Hay una fuga en el grifo de la bañera.

Hugo enarcó ambas cejas, visiblemente confundido.

—Iré ahora mismo —dijo, subiendo las escaleras del porche mientras llamaba por el teléfono, probablemente, a un fontanero.

Yo sonreí ufana y corrí hacia la camioneta. No dudé en arrancar el coche, me acerqué al enorme portalón y, automáticamente, éste se abrió desde adentro mediante un sensor.

Mordisqueé mi labio inferior con nervios, sabiendo que ahora estaba en serios problemas. Si Derek llegaba a casa antes que yo, se pondría hecho un basilisco.

Cuando llegué a la montaña y aparqué enfrente de la casa de Angie, Zeus se acercó a mí con el rabo entre las piernas.

—¿Qué pasa, pequeño? —le pregunté, arrodillándome en la tierra y acariciándole la cabeza. Zeus estaba temblando—. ¿Dónde está el grandullón? —le pregunté, mientras mi mirada buscaba a Diablo.

Me incorporé lentamente cuando escuché unos gemidos dentro del granero. Caminé a paso corto hacia el ruido, con el corazón en un puño.

—¿Diablo? —pregunté con la voz entrecortada cuando entré en el granero.

Quedé en silencio e intenté escuchar algo. Me acerqué de puntillas a un montón de leña que había contra la pared y vi un bulto pequeño en el suelo.

Abrí los ojos como platos cuando descubrí que era Diablo.

—¡Oh, por Dios! —exclamé cuando me di cuenta de que el chiguagua estaba malherido.

Alguien lo había golpeado, casi dejándolo muerto.

—Ya está, grandullón. Todo saldrá bien —le susurré y lo cogí en brazos con la intención de volver a casa para llamar a un veterinario.

Pero cuando salí del granero, me quedé sin aire en los pulmones cuando vi a mi pesadilla con un hacha en la mano, al lado de la camioneta.

—Richard... —murmuré con voz inaudible, mientras Diablo gruñía con ferocidad en mis brazos.

Zeus enseñó los colmillos y también se le erizó el pelo del lomo.

—Cuánto tiempo, Sara —dijo, con una sonrisa mezquina, apoyando el hacha en su hombro—. Te veo bien, hermosa. Sigues igual de guapa.

Sentí la bilis subiendo por mi garganta. Aquel hombre me producía náuseas.

Escruté por unos segundos sus ojos color azul cielo, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Tragué saliva con dificultad cuando le observé la enorme cicatriz que le desfiguraba el rostro. Aquella cicatriz que yo misma le hice cuando él trató de abusar de mí.

—Me lo has puesto muy difícil, Sarita —volvió a hablar—. Tal vez te estás preguntando cómo te he encontrado, ¿verdad? —preguntó y le salió una carcajada estridente que hizo erizarme la piel—. Todos estos años el idiota de mi hijo me ha dado muchísimo dinero para que lo ayudara a buscarte. Lógicamente, yo he invertido ese dinero de otra manera. Y, ¡aquí estoy! —expresó, alzando el hacha en el aire con una sonrisa maliciosa—. Te perdí el maldito rastro hace días. Te deshiciste de todo: coche, apartamento, trabajo... Si Derek no me hubiera llamado para avisarme de que estabas de vuelta en casa, nunca te encontraría.

Ahogué dentro de mi pecho los sollozos y las lágrimas. Derek había estado ayudando a mi pesadilla durante todos estos años.

—Supongo que no te interesará saberlo, pero tu madre me ha dejado —soltó sin preámbulos—. No me preguntes dónde está, porque no tengo ni puñetera idea. En el fondo, las dos sois muy parecidas —dijo, consiguiendo que el vello de mi nuca se erizara, justamente donde tenía las cicatrices que él mismo me hizo—. Las dos sois igual de putas.

—¡Vete a la mierda, Richard! —le espeté con rabia y sin miedo.

¡Estaba harta!

—Ten cuidado con lo que dices, Sara —amenazó—. Te recuerdo que tengo un arma en la mano y tú... —dijo, esbozando una sonrisa—. Tú tienes a un simple perro malherido.

El miedo apretó mi corazón cuando Richard se acercó a mí. Él tenía razón, ¡estaba desprotegida! No podía defenderme.

—¡Zeus! —chillé, salí corriendo de allí y el perro empezó a seguirme.

Me aparté del camino y me adentré en el bosque sin dejar de correr. Abracé a Diablo con más fuerza, intentado agarrarlo para que no se cayera al suelo, mientras escuchaba los gritos de Richard detrás de mí.

Me metí bajo los árboles, esquivé varias ramas y seguí corriendo, tratando de despistarlo.

Zeus siguió ladrando, como si estuviera pidiendo ayuda, mientras Diablo temblaba entre mis brazos.

Cuando salimos del interior del bosque, empezamos a correr por la carretera general con la esperanza de que alguien pasara por allí y nos viera para ayudarnos.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda! —chillé a todo pulmón, pero sabía que no serviría de nada.

Yo, sin dejar de correr, observé que Richard había empezado a acelerar el ritmo.

¡Me estaba alcanzado, joder!

—¡Por favor! ¡Ayuda!

Desde lo lejos, observé un coche negro en la carretera. Corrí hacia el auto con la vista nublada por las lágrimas.

De repente, un hombre salió del coche y empezó a correr hacia mi posición.

—¿Derek? —pregunté en un susurro, incapaz de apartar la mirada de él—. ¡Derek! —chillé sin dejar de correr hacia él.

—Sara —dijo, y me atrapó entre sus brazos—. ¡Demonios! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Me ha llamado Hugo para avisarme de que te habías ido

de casa. No dudé ni un segundo y vine a por ti.

—Derek... —sollocé, sin dejar de observar el bosque—. Él... m-mi p-pesadilla... —tartamudeé—. Está a-ahí... él...

—¿Quién está ahí, Sara? —preguntó con tono acerado sin dejar de observar el bosque como si estuviera a punto de golpear a alguien.

—T-tiene un h-hacha...

Derek apretó el músculo de las mandíbulas.

¡Su ira era asesina!

—¿Te ha hecho algo, Sara? —me preguntó con preocupación—. ¡Joder! ¿Sigue ahí en el bosque? ¿Ese hombre del que huyes es tu pesadilla?

Me tomó de los hombros y me sacudió ligeramente para que le contestara.

Derek estaba realmente nervioso.

—Dímelo, Sara. Dime quién es porque lo voy a matar. ¡Dímelo!

—¡Es tu padre! —dije, por fin.

10.

Me abracé a mí misma, mientras observaba a Derek y a varios agentes de policía hablando en la entrada de la casa.

No podía escucharlos, pero la cara de Derek auguraba sangre. Él se volteó a verme cuando sintió mi mirada. Casi podía escuchar los latidos furiosos de su corazón.

—Listo —habló el veterinario, sacándose los guantes de látex—. Diablo está bien. Es pequeño, pero matón —dijo con gracia el anciano, acercándose a mí con la preocupación reflejada en su rostro—. ¿Está todo bien, señorita Wood?

Yo suspiré al dar media vuelta, mientras observaba al chiguagua durmiendo encima de una mantita.

—Sí, no se preocupe. Muchísimas gracias, señor Jones.

—Es un gusto volver a tenerla en el pueblo, señorita Wood—dijo, mientras recogía su maletín—. Buenas noches.

Yo traté de forzar una sonrisa, pero no lo conseguí. Volví a clavar la mirada en la entrada, donde Derek seguía gesticulando con las manos mientras hablaba. Se tiró del pelo un par de veces, sin dejar de suspirar.

Estaba nervioso.

De repente, se quedó quieto y clavó su mirada en mí cuando sentí una lágrima correr por mi mejilla. Traté de limpiármela con rapidez, esperando que Derek no la hubiera visto, pero él hizo un gesto con la mano para que los policías se largaran de su casa y caminó hacia a mí.

Cuando entró en la sala, cerró la puerta tras él y me escrutó con intensidad.

Un incómodo silencio se instaló entre nosotros. No sabía a dónde mirar. Me sentía avergonzada.

—¿Desde cuándo, Sara? —preguntó, rompiendo la tensión—. ¿Desde

cuándo lleva acosándote mi...

Intentó preguntar, pero no pudo terminar la frase.

Dejó escapar un suspiro de frustración, se acercó a la ventana y apoyó una mano en el marco.

—Lo voy a matar, Sara. ¡Lo voy a matar con mis propias manos! —gruñó.

—¡No digas tonterías! —prorrumpí en sollozos—. ¡Es tu padre!

Derek me miró extrañado por mi comentario.

—No me hagas elegir entre los dos, Sara, porque siempre te elegiré a ti.

Cerré los ojos cuando su mano me acarició la mejilla.

—Siempre ha sido tu héroe, Derek. Tú y tu padre eráis inseparables.

—¡Éramos, tú lo has dicho! —gritó colérico—. ¿No lo entiendes? Me ha engañado. Me ha utilizado, Sara. Y, lo peor de todo, es que lo he estado ayudando todos estos años para que te encontrara.

Una lágrima resbaló por mi mejilla, y él me la secó con el dedo pulgar.

—Es mi padre, sí, pero no soy como él. ¡Yo no soy él! —volvió a gritar, casi perdiendo los nervios—. Te amo, Sara, y no dejaré que nadie te haga nada. Te quiero más que a mi propia vida, joder.

No pude evitar abrir la boca perpleja cuando observé sus ojos llenos de lágrimas y su rostro lleno de miedo. Entonces, me di cuenta de lo vulnerable que era. Derek era capaz de atemorizar a la gente con una simple mirada, pero yo lo conocía bien.

—Voy a ayudar a la policía —dijo y yo negué con la cabeza repetidas veces—. Escúchame —me ordenó, sujetándome por el mentón—. Quiero encontrar a ese hijo de puta. Le haré pagar muy caro por lo que te ha hecho, Sara. Te lo prometo.

—Quédate conmigo —le rogué, abrazándome a él.

Derek me enmarcó la cara y me besó en la frente. Luego, me miró con una mezcla de tristeza y rabia. Y sin decir más nada, se dio la vuelta y abandonó el salón dando un portazo, cuyo eco retumbó en el silencio del salón.

Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar. Me sentía destrozada por

dentro. No quería ni imaginarme cómo se sentía Derek al saber que su padre era un acosador.

Zeus apoyó sus patas delanteras sobre mi pecho y me lamió las lágrimas. Lo acaricié con ternura, me acerqué a junto Diablo y le di un fugaz beso en su diminuta cabecita. Subí a la segunda planta, me encerré en la habitación de Derek y me acerqué a la cama. Cuando me enterré bajo las mantas, cerré los párpados cansados e intenté respirar hondo. Estaba tan cansada que apenas tardé unos minutos en quedarme dormida sin dejar de pensar en aquellos ojos azules que me asustaban.

«Yo no soy él», recordé la frase de Derek.

Y tenía razón, él no era como su padre. Podían tener el mismo color de ojos pero, definitivamente, sus miradas eran distintas.

Me desperté un poco aturdida cuando un trueno hizo vibrar la casa. Inmediatamente sonreí cuando noté un peso en la cama.

Derek había vuelto a casa. Me abrazó por detrás y pude sentir su respiración en la nuca cuando empezó a olerme el pelo. Me atrapó por la cintura, tiró de mí y me pegó contra su pecho.

Sin esperármelo, Derek me levantó la camiseta y me acarició el abdomen. Sus manos, suaves y sin callos, fueron bajando sensualmente.

Entonces, antes de que él siguiera bajando, me paralicé. Aquellas suaves y pequeñas manos no eran de Derek.

Me giré, con mi mirada más aterradora. Un rayo iluminó la habitación y, durante unos cortos segundos, pude observar unos ojos azul cielo a centímetros de mi rostro.

Sentí que un reguero de sudor me bajaba por la espalda.

Antes de que pudiera gritar, Richard me cubrió la boca al mismo tiempo que un trueno sonó con fuerza.

—Shh... —susurró en mi oído—. Estate quietecita, Sara.

Richard se puso a horcajas sobre mí, de modo que me resultó imposible escapar.

—¡Estate quieta, joder! —chilló, perdiendo la paciencia, mientras yo forcejeaba por liberarme.

Abrí los ojos como platos cuando me agarró por el cuello, hasta casi asfixiarme.

Mis lágrimas humedecieron sus manos cuando mis labios dejaron escapar unos horribles sonidos.

¡Necesitaba respirar!

Richard, sin importarle mis alaridos, me besó en el cuello y terminó en el lóbulo de mi oreja. Extendí el brazo para alcanzar la lámpara de la mesita cuando él me besó los pezones por encima de la camiseta. Las puntas de mis dedos rozaron el objeto, pero Richard no dejó de apretarme el cuello.

—Joder. Esto es mucho mejor de lo que me había imaginado —dijo, intentando sacarme la camiseta.

Aproveché el momento, cuando sus manos dejaron de asfixiarme, agarré la lámpara y lo golpeé en la cabeza.

—¡Mierda! ¡Joder, mierda! —gritó con dolor, cayendo en el suelo mientras la sangre salía a borbotones de su cabeza.

Tardé unos segundos en recobrar un ritmo tranquilo en mi respiración. Me levanté con las piernas temblando y salí de la habitación, golpeándome contra las paredes.

Bajé las escaleras sin dejar de llorar, cuando me tropecé con algo y caí al suelo de bruces. En el último escalón, estaba el cuerpo de Hugo tirado en el suelo.

¡Estaba muerto!

Me aparté a gatas sin dejar de sollozar, cuando escuché gritar a Richard en la segunda planta.

Me incorporé con rapidez, corrí hacia la cocina y observé encima de la mesa el mismo cuchillo que utilicé la primera noche que me asusté.

Alcé el cuchillo con las dos manos, me arrinconé contra la esquina de la cocina, y esperé a que Richard apareciera en la cocina.

Los perros estaban encerrados en el salón, pero no dejaron de ladrar ni un

segundo ni de golpear la puerta con las patas.

Las manos me temblaron cuando escuché unas pisadas sobre el parqué. Fuera quien fuese, lo apunté con el cuchillo mientras esperaba a que entrara en la cocina.

Cuando la silueta de aquel hombre se paró bajo el marco de la puerta de la cocina, mis nervios aumentaron.

Encendí la luz y vi unos ojos de color azul.

¡Pero un color azul como el del lago del pueblo!

—Derek... —dije entre sollozos cuando otro trueno hizo vibrar las paredes de la casa.

Él, con las facciones tensas, me hizo un gesto para que estuviera callada. Yo asentí lentamente mientras él se escondía en la cocina.

Me tembló el mentón mientras esperaba.

—Sara, ¿dónde estás? —preguntó Richard, con voz amenazadora.

Yo ahogué un gemido cuando observé su sombra acercándose a la cocina.

—Aquí estás —dijo, esbozando una sonrisa sádica.

Me llevé la mano a la boca y dejé escapar un suspiro cuando observé su rostro ensangrentado.

Su mirada me asustó.

—Mira lo que me has hecho, puta —dijo, acercándose a mí y sin importarle que tuviera un cuchillo entre mis manos.

—¡Déjame en paz!

Antes de que Richard me tocara, Derek salió de su escondite y lo golpeó por detrás con fuerza. El cuerpo de Richard chocó contra la mesa y las manzanas del frutero rodaron por el suelo.

Derek se le fue encima y lo golpeó con los puños cerrados.

—¡Maldito cabrón! ¿Cómo has podido? —preguntó, fuera de sí, mientras seguía golpeando la cara de su padre.

De repente, Richard agarró el puño de Derek, antes de que éste lo golpeará

en el rostro. Su padre lo golpeó con tanta fuerza en el costado izquierdo, que Derek se dobló.

Yo grité con miedo, cuando Richard aprovechó para acercarse a su hijo con un cuchillo. Salté sobre su espalda y le clavé los dedos en la herida abierta de la cabeza. Richard gritó de dolor, me agarró por los brazos e intentó zafarse de mí.

—¡Joder! —expresó con enojo cuando logró librarse de mí.

Caí y me golpeé la cabeza contra el suelo, quedando aturdida por unos cortos segundos, mientras mi campo de visión se llenaba de puntitos rojos.

Richard me agarró por el pelo tirando con tanta violencia que me puso de pie.

—¡Suéltala, cabrón! —ordenó Derek, cuando su padre me agarró por detrás y me puso el cuchillo en el cuello.

Observé el miedo reflejado en el rostro de Derek, mientras su mirada me escrutaba con preocupación.

Dejé que las lágrimas corrieran a su libre albedrío mientras seguía observando a Derek.

¡Lo amaba! Lo amaba con todo mi ser.

—Baja el arma, Derek. Me da igual morir. Sabes que no me temblará el pulso —lo amenazó, acercando más el cuchillo a mi cuello.

Derek apretó los dientes, soltó el cuchillo de sus manos y alzó los brazos en alto.

—Suéltala, por favor —rogó, con las lágrimas en los ojos—. No le hagas nada, Richard.

Su padre empezó a carcajear en alto mientras me besaba el cuello.

—¿Tanto te importa esta putilla? —le preguntó, sin apartar el cuchillo de mi garganta.

—Sí. La amo más que a mi vida.

Richard volvió a soltar una de sus estridentes carcajadas.

—Entonces, hijo mío, vas a dejarme marchar con ella y me darás uno de

tus coches. Si nos sigues, la mataré.

Yo sollocé con rabia y aquello hizo enfurecer a Derek.

—¡No! —chilló, perdiendo los nervios—. No te la vas a llevar.

Richard me agarró por la cintura, me apretó contra su cuerpo y hundió la punta de su cuchillo en mi cuello.

Yo grité de dolor y Derek frunció el ceño con las lágrimas desbordando sus ojos.

—¡Está bien! —gritó, alzando la voz por encima de mis bramidos—. Haré lo que pidas, pero no le hagas daño.

—Así me gusta, hijo.

Derek tragó saliva con fuerza, me escrutó con intensidad y sonrió débilmente. Tuve la sensación de que todo iba acabar allí mismo, del peor de los modos posibles. Entonces vi un punto rojo en su frente. Abrí los ojos como platos y me asusté. Sabía que había alguien en el jardín, apuntándonos con un arma.

Intenté gritar y avisar a Derek, pero todo sucedió a cámara lenta. Una bala rompió el cristal de la ventana de la cocina. La bala me rozó el cabello y se le incrustó entre ceja y ceja, al hombre que estaba detrás de mí. Giré lentamente sobre los talones y observé el hueco en el entrecejo de Richard, quien seguía con los ojos abiertos y parado de pie. En menos de un segundo, su cuerpo se desplomó en el suelo mientras decenas de policías irrumpían en la casa.

Sentí una mano en mi hombro y me moví sobresaltada. Observé los ojos de Derek y sentí un alivio momentáneo. Me tembló el mentón mientras esperaba a que hablara, pero Derek no dijo nada.

Negó con la cabeza, tiró de mí y me abrazó con fuerza mientras me acomodaba en su pecho. Escuché su corazón latir bajo mi oreja y nunca antes lo había escuchado palpitar tan deprisa.

—Todo ha terminado, Sara —me susurró en el oído, sin dejar de acariciarme la cabeza.

Yo rompí a llorar desconsolada y él me apretó más contra su pecho.

—Tu pesadilla se ha terminado.

EPÍLOGO

El sol golpeaba de lleno la fachada. Podía escuchar el ladrido de los perros y las risas de mi hijo pequeño.

¡Sí! Mi hijo, Thomas Brown, que apenas tenía tres años. Me apoyé en la barandilla del porche y observé a Zeus y a Diablo jugar con el futuro heredero de las empresas Brown.

Había reformado la casa de Angie Wood, tal y como se lo prometí a Sara. Sonreí con gracia cuando observé a mi hijo dar de comer a las gallinas, que corrían libremente por un cerco.

—Thomas no se parece a mí —dijo Sara, apareciendo de repente a mi lado.

Mis ojos hambrientos se clavaron en ella... ¡en mi mujer!

—Ha heredado toda tu belleza —le dije, abrazándola por detrás para que no pudiera escapar, mientras le acariciaba el dedo anular donde llevaba puesto el anillo de la boda.

—Tiene tus mismos ojos marrones. Los mismos hermosos ojos oscuros que me enamoraron.

La estreché con más fuerza entre mis brazos y enterré mi nariz en el hueco de su cuello, inhalando su aroma a flores silvestres.

—Quiero que Thomas tenga un hermanito, Sara. Quiero hacerte el amor, joder... —murmuré, mientras le mordía el lóbulo de la oreja—. Thomas tiene mucho sueño. Así que volvamos a casa. Acostaré a nuestro hijo en su cama y, luego, te haré el amor sin piedad alguna.

Le subí el vestido y le acaricié los muslos con desesperación. Ella se estremeció bajo mis brazos cuando mis dedos le rozaron la entrepierna.

—No seas egoísta —me murmuró entre dientes—. Un hermanito no es suficiente.

Yo sonreí, la obligué a darse la vuelta y nos observamos con intensidad. Humedecí los labios con la punta de la lengua y ella siguió el movimiento de ésta con la mirada.

—Eres todo lo que tengo, Sara.

La agarré por el cuello y sus labios se anclaron a los míos. Le enmarqué su cara entre mis manos y la besé sin dejar de sonreír de felicidad.

Todo esto era un sueño para nosotros. No podía vivir sin tenerla entre mis brazos.

De repente, una mano tiró de mi camiseta. Bajé la mirada hacia Thomas, mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Papá...

Cada vez que mi hijo me llamaba papá, una extraña sensación me llenaba de felicidad.

Cargué a Thomas en brazos y lo mecí suavemente cuando me di cuenta de que estaba cansado. Poco a poco, se le cerraron los párpados y se durmió.

Sonreí de medio lado con picardía, sin dejar de observar a Sara. La insté a entrar en casa y subí con Thomas a la segunda planta. Lo acosté en la cama, lo tapé con las mantas y lo besé en la frente.

Cuando bajé las escaleras me quedé parado bajo el umbral de la puerta de la cocina. Sara estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la encimera. Tenía ganas de quitarle el vestido y verla totalmente desnuda.

—No he hecho ningún postre, cariño. Lo siento —dijo en tono angelical, mientras su rostro expresaba una ligera sonrisa divertida y juguetona.

Yo sonreí.

—El postre ya está servido, vaquera... —murmuré, con la mirada nublada por el deseo, antes de cerrar la puerta detrás de mí.

**YO NO
SOY ÉL**

Mirian G. Blanco

FIN